



LA VISIBLE EVA PERON Y EL INVISIBLE ROL POLITICO
FEMENINO EN EL PERONISMO: 1946-1952

JULIA SILVIA GUIVANT

Working Paper #60 - January 1986

Julia Guivant is Assistant Professor of the Federal University of Santa Catarina, Brazil. An Argentine native, she was a Guest Scholar at the Kellogg Institute during the 1983-1984 academic year. She wishes to thank Eduardo Viola, Anne Pérotin-Dumon and Scott Mainwaring for suggestions and comments.

ABSTRACT

This article analyzes the ideology about women's political roles that motivated the political mobilization of women from the lower classes in the first Peronist government. The study draws on the ideas, beliefs, images, and metaphors which Eva Perón expressed in her speeches and publications directed toward women. It was Eva Perón who assumed the leadership of the women's movement, following the global directives of Perón. The work links these ideas with the dynamic and evolution of the regime. In the first part the period from 1946-1947 is analyzed, with particular attention devoted to women's suffrage. The purpose is to consider the Peronist initiative in relation to past suffragist battles; the significance it had as a first step in the formation of a feminine political identity. The second part analyzes the period from 1949-1952, with a focus on the organization of the Partido Peronista Femenino. The author discusses both aspects of women's political involvement: as sympathizers--politicizing the private sphere; and as militants--privatizing the public sphere. The paper emphasizes the importance of Eva Perón as the ideal of the projection of feminine values in politics; the implications of women's issues in the regime's attempts to gain stability; and, finally, the limits of the role established by the tension between participation and control.

RESUMEN

Este artículo analiza la ideología sobre el rol político femenino que orientó la movilización de las mujeres de las clases subalternas en el primer gobierno peronista. Para esto toma como materia prima las ideas, creencias, imágenes, y metáforas que Eva Perón expresaba en sus discursos y publicaciones dirigidos a las mujeres. Fue ella quien asumió especialmente su liderazgo, siguiendo las directrices globales de Perón. El trabajo vincula estas ideas con la dinámica y evolución del régimen. En la primera parte, se analiza el período 1946-1947, con eje en el sufragio femenino. El propósito es considerar la iniciativa peronista en relación a las luchas sufragistas pasadas, el significado que tuvo en tanto primer paso en la formación de una identidad política femenina. En la segunda parte, se analiza el período 1949-1952, con eje en la organización del Partido Peronista Femenino. Se considera los dos aspectos del rol político femenino: en tanto simpatizantes, politizando la esfera privada, como militantes, privatizando la esfera pública. Se destaca la importancia de Eva Perón como ideal de la proyección de los valores femeninos a la política, las implicaciones del rol femenino en la lógica de estabilización del régimen, y finalmente los límites del rol establecidos por la tensión entre participación y control.

Durante el primer gobierno peronista -1946-1952- dos fenómenos afectaron profundamente la situación política de las mujeres argentinas. Primero, la irrupción de Eva Perón como una de las líderes políticas más poderosas y carismáticas de su época que, en corto tiempo -falleció a los 33 años en 1952-, alcanzó una proyección impensada previamente para una mujer. Segundo, la incorporación de las mujeres al peronismo como uno de los soportes del régimen junto con la más amplia incorporación y legitimación política de la clase obrera.

Estos dos fenómenos confluyeron, ya que Evita asumió la organización y liderazgo de las mujeres, convirtiéndose en encarnación del ideal femenino peronista, contribuyendo a integrar como más aceptables dos términos que hasta ese momento eran contradictorios: mujer-política. Su impacto entre las clases subalternas la transformó en un mito popular y, posteriormente, entre los jóvenes de la izquierda peronista a fines de los años 60 en mito revolucionario. Evita marcó y aún marca el horizonte político básico para las mujeres argentinas y es un punto de referencia, ya sea a favor o contra lo que se piense que ella representaba.

La aprobación del sufragio femenino, la creación del Partido Peronista Femenino y la elección de un alto número de diputadas y senadoras en 1951, además de una serie de reformas que beneficiaron a las mujeres trabajadoras -directa o indirectamente, como fue el efecto nivelador del peronismo en las relaciones entre las clases-, son algunas de las referencias que se encuentran en los trabajos sobre peronismo y en las biografías sobre Evita, respecto a la cuestión femenina en el peronismo y la

influencia de Evita. Pero por lo general, la visión se ha concentrado en el destacado, y por esto excepcional, papel de Evita en el régimen -especialmente en cuanto mediadora entre Perón y las masas-, mientras que el papel de las mujeres ha permanecido invisible. Siguiendo la bibliografía parece que no hubo diferencias significativas a nivel del rol político de las mujeres y de los hombres, como si las directrices ideológicas que orientaron su integración y movilización política hubiesen sido correspondientes.¹ Este artículo parte de un cuestionamiento de esta no diferenciación entre los roles masculino y femenino, teniendo como objetivo analizar la especificidad de este último a nivel de las expectativas del liderazgo peronista (Perón y Evita) y de su articulación con la dinámica del régimen.

Evita fue quien principalmente se dirigió a las mujeres, siguiendo las directrices globales de Perón, (quien se mantuvo en un papel de influencia no tan directa como la de Evita, si bien esto no significa que haya sido menos importante) y por esto sus discursos y publicaciones ofrecen el material para mi análisis, en la medida que expresan claramente la diferencia de expectativas respecto a los roles políticos femeninos y masculinos.² Algo que no queda tan abiertamente colocado en los discursos que Evita y Perón dirigían a los trabajadores en general, de alguna manera asumiendo el rol masculino como generalizable.

Es necesario aclarar que no tomo como eje principal de estudio la situación real de las mujeres en el periodo, ni las verdaderas oportunidades que el peronismo les ofrecía ni, por

último, cómo estas expectativas fueron interpretadas por las mujeres, si bien todos estos aspectos no quedan de lado en mi trabajo, el problema es que aún está sin hacerse una investigación empírica sobre las mujeres en el periodo. En mi caso, los discursos me ofrecen un camino para llegar a lo que se pretendía que las mujeres percibiesen y lo que se creía necesario de presentarles o justificarles, a través de utilización de varias imágenes, metáforas, expresiones retóricas, antagonismos, etc. Estos expresaban parte de las expectativas del régimen y parte de lo vivido cotidianamente, constituyendo una compleja red de articulaciones que trato de diferenciar aquí. Los discursos se establecían en diálogo con el sentido común respecto a lo que debían ser los roles sexuales. ³ Toda sociedad tiene sus presupuestos sobre lo que es femenino y masculino, sobre los roles sexuales, y sobre relaciones y jerarquías entre éstos que se asumen como parte de lo "natural". En el momento en que surgía el peronismo, las mujeres estaban excluidas formalmente de la política, a pesar de las luchas de los grupos sufragistas que habían comenzado a reivindicar esta medida desde principios del siglo. La política era considerada en el sentido común dominante -lo que no impedía a determinadas mujeres de participar e interesarse- como un dominio masculino, y se la consideraba radicada en el espacio público. Las mujeres, en el espacio privado, debían permanecer apolíticas. ⁴ Este paradigma básico fue afectado desde el Estado por primera vez con Perón. Para poder comprender esta transformación es fundamental incluir la categoría género dentro del análisis político, porque implícita o

explícitamente, los regímenes políticos crean padrones de "presiones, sanciones, incentivos y oportunidades" que reflejan normas y valores sobre los roles sexuales, como señala G. Lapidus en un trabajo ejemplar en esta dirección.⁵ Los regímenes políticos afectan a nivel de las definiciones los roles femeninos y masculinos a través de estos padrones y, por su vez, estos roles así contruidos, afectan la dinámica más global de proceso político. Esto es posible en la medida que la construcción social de roles sexuales está atravesada también por las relaciones entre las clases, expresando los diversos niveles de poder en la estructura social. A partir de esta compleja vinculación entre roles sexuales y régimen político es posible no sólo aclarar aspectos sobre lo que fue la experiencia de las mujeres peronistas, en tanto definía los parámetros en que se realizaba, sino también iluminar otros aspectos sobre el proceso político global.⁶

Para analizar la relación entre la ideología sobre el rol femenino, que proveía a las mujeres peronistas de un paradigma básico para integrar e interpretar su realidad política vivencial, y la dinámica del régimen, divido el artículo en dos partes. En la primera, analizo el periodo 1946-1947, que tuvo como eje el sufragio femenino. En la segunda, analizo el periodo 1949-1952, dedicado a la organización del Partido Peronista Femenino (PPF).

LA FASE DEL SUFRAGIO FEMENINO: 1946-1947

Evita pasó a ser parte de la elite política -una de las pocas mujeres de su época- sin llegar a ocupar cargo electivo u

oficial. Ella entró a través de uno de los caminos posibles para las mujeres, sin tener la posibilidad de votar aún, y que era la relación con un hombre poderoso. ⁷ En 1944, cuando Perón ya era un militar importante ocupando el cargo de Secretario de Trabajo y Previsión en el gobierno militar, ambos se encontraron y a partir de ese momento, Evita, aprovechando su experiencia como actriz, comenzó a colaborar con Perón. Entre sus primeras actividades, realizó un programa de radio llamado "Hacia un futuro mejor", en el que se dirigía a las mujeres frecuentemente y exaltaba los logros de la Secretaria que Perón ocupaba.

Desde esta temprana participación, Evita no dejó de despertar fuertes críticas desde los sectores opuestos a Perón y desde los militares que lo apoyaban, quienes veían "amoral" la relación y temían sus influencias sobre él. Pero ni Perón ni Evita retrocedieron y durante la campaña electoral a fines de 1945 y principios de 1946, Evita, ya casada con Perón, siguió desarrollando algunas actividades poco usuales para la esposa de un candidato a la presidencia, como hablar en público o acompañarlo en los viajes.

Si desde estos pequeños acontecimientos ya estaba innovando, haciendo más de lo esperado, cuando pasó a actuar junto a Perón, una vez presidente, estaba yendo sin duda, mucho más lejos. Perón confiaba en ella en tanto, como su esposa, no implicaba una competencia amenazante para su liderazgo. La tarea más importante y a la que Evita más se dedicó en este primer período fue la de mediación entre Perón y los sindicalistas, recibéndolos y escuchando sus reivindicaciones, con la promesa de

trasmitirlas a Perón. El podía de esta forma continuar manteniendo contacto directo con aquéllos, a través de Evita. Además de la mediación con los sindicatos, Evita asumió gradualmente la mediación con las mujeres. Y la reivindicación central que levantaba era la aprobación del sufragio femenino, ya desde sus primeros discursos, pasando por alto la historia ardua e infructuosa que habían desarrollado los grupos feministas en Argentina. Para entender cómo Perón y Evita se incorporaron a esta cuestión, y el nuevo significado que le dieron, es importante considerar los antecedentes del sufragismo.

Antecedentes de la lucha sufragista

El sufragio femenino fue una reivindicación importante del Partido Socialista desde su fundación en 1896. Las mujeres socialistas fueron las más activas en los primeros años del siglo XX, organizando diversos grupos y centros, que se encargaban de difundir las ideas del socialismo feminista. Este articulaba la lucha por la igualdad de las mujeres en el trabajo, la educación y la política con la lucha por reformas sociales y económicas, muchas de las cuales confiaba lograr a través de transformaciones en la legislación, especialmente en lo que hacía a la situación de las mujeres trabajadoras.

Otros grupos que asumían ideas feministas, pero de tendencia, fueron surgiendo en las primeras décadas del siglo, reivindicando también igualdad de derechos y oportunidades para las mujeres, pero sin enfatizar la necesidad de reformas más amplias en la sociedad.

Tanto liberales como socialistas confiaban en la capacidad

moralizadora que las mujeres tendrían sobre la política, viendo en el sufragio femenino un medio fundamental para esto. Pero hasta 1926 se dedicaron principalmente a la lucha por la reforma del Código Civil, que equiparaba a las mujeres al mismo nivel del menor o de los incapacitados y que relegaba a la mujer casada a la total dependencia del marido, a quien debía pedir autorización hasta para poder trabajar, y quien era responsable por sus bienes. Una vez conseguida la reforma del código, la prioridad fue pasando a ser la lucha por el sufragio. Hasta ese año, aunque no fue tema central, el sufragio fue levantado como asunto de debate en conferencias, actos, congresos feministas -nacionales e internacionales- y diferentes estrategias fueron usadas para conseguir el apoyo de la opinión pública, como por ejemplo la realización de simulacros de voto, en el momento de elecciones. ⁸

Si bien a partir de 1926 logró un impacto mayor, el feminismo, tanto liberal como socialista, permaneció reducido a una elite de mujeres profesionales, de clase media y alta, enfrentando la indiferencia en que la mayoría de las mujeres de las clases subalternas y aún de la clase media permanecía frente a los asuntos que los grupos levantaban. Además enfrentaban no sólo la hostilidad de gran parte de la prensa sino también de otros grupos de mujeres de tendencia conservadora católica, que se orientaban a tareas de beneficencia y que enfatizaban la necesidad de neutralizar la influencia del socialismo entre las mujeres, negando la importancia del sufragio femenino, que ⁹ demoraron en apoyar.

En 1929 el diputado socialista Bravo presentó el primer

proyecto de sufragio femenino nacional-los anteriores sólo habían sido a nivel municipal o provincial. Este proyecto parecía surgir con fuertes posibilidades de ser aprobado ya que varios políticos se manifestaban favorables. Pero lamentablemente la coyuntura política dejó de ser propicia con el golpe militar de 1940. Recién en 1932 el Congreso nuevamente retomó la cuestión, pero en ese periodo los sectores conservadores católicos se habían fortalecido, siendo mayoría en el Senado. A pesar de que los diputados aprobaron el proyecto, este quedó finalmente demorado en el Senado, que para justificar su bloqueo lo desvió a la comisión de presupuesto, diciendo que era para ver los gastos que implicaría el empadronamiento de las mujeres.

Mientras las sufragistas defendían el voto como la forma de valorizar la contribución de las mujeres a la sociedad, además de confiar que la superioridad moral femenina podría traer una influencia moralizadora y purificadora a la vida política, los antisufragistas -entre los que se incluían también mujeres católicas- consideraban que el voto amenazaría la estabilidad familiar, al dar nuevas responsabilidades a las mujeres, sin aportar ventajas a la vida política. Esta oposición al sufragio femenino en la década del 30 se apoyaba en la encíclica de Pío XI, que condenaba la emancipación de la mujer, a nivel psicológico, social y económico, reafirmando que su ocupación principal era el hogar. Esta encíclica influenció el pensamiento conservador en Argentina, ya preocupado con el aumento significativo durante los años 30 del número de mujeres incorporándose al mercado de trabajo en las grandes zonas urbanas, lo que veían como una amenaza a los valores familiares, y que el sufragio sólo vendría a agravar.

Estas ideas llevaron a un grave retroceso en la lucha por los derechos de las mujeres en la década del 30, llegando inclusive a ponerse en riesgo la previa reforma del Código Civil.¹⁰

La lucha sufragista se fue haciendo muy difícil en esos años no sólo por la adversidad de los gobiernos sino también por la indiferencia que la mayoría de las mujeres continuaba manifestando frente a la cuestión. Pero el sufragio en los años 30 enfrentaba una situación política diferente a la de años anteriores porque el fraude electoral era escandaloso. La mayoría de la población estaba excluida de la política, y la clase trabajadora -especialmente los nuevos sectores de ésta, originados a partir de las migraciones internas- tampoco se reconocía en los partidos que pretendían representarla (el Partido Socialista tenía apoyo fundamentalmente en la clase media de la capital).

Las dificultades de las sufragistas aumentaron con el régimen militar instaurado en 1943, desde el que los sectores integralistas católicos se encargaron de desestimular explícitamente el trabajo femenino, pidiendo a empresas y organismos estatales que no contratasen mujeres, además de influenciar el contenido de la educación con ideas ultra conservadoras respecto al rol de la mujer en la sociedad.

Pero el cuadro ideológico del régimen no era homogéneo. El coronel Perón aumentaba cada vez más su esfera de influencia entre los militares desde su puesto como secretario de Trabajo y Previsión y a partir del cual desarrollaba su proyecto político de construir un país poderoso al cual las clases subalternas -en especial la nueva clase obrera- brindarían legitimidad activa.

Entre las varias iniciativas de Perón para conseguir el apoyo de estos sectores marginalizados de la política que presionaban para tener alguna representación, estuvo la creación el 3 de octubre de 1944, de la División de Trabajo y Asistencia para la Mujer, como parte de su Secretaria. Perón no estaba desatento a que las mujeres eran un potencial apoyo político para su proyecto en tanto sufrían una marginalización más grave que la de los obreros. En el discurso de la inauguración de la División, Perón mostraba claramente cómo se distanciaba de las ideas integralistas colocando que el Estado era responsable por mejores condiciones de trabajo para las "novecientas mil mujeres de nuestro país que intervienen en la producción, ejerciendo los más variados oficios y profesiones... y que aseguran la vida honesta y digna de sus hogares y contribuyen de manera efectiva para el engrandecimiento del país." ¹¹ Reivindicaba la apremiante necesidad de que las leyes dejasen de ser "letra muerta", y defendía el principio de que las trabajadoras deberían recibir igual salario por igual trabajo. Esta política de Perón para mejorar las condiciones de trabajo femenino, colocando esta cuestión como "fundamental para la existencia de una verdadera justicia social", era un importante y profundo cambio en relación a la indiferencia que había predominado entre los gobiernos anteriores.

La iniciativa de Perón llegó más lejos cuando sorprendentemente levantó la reivindicación del sufragio femenino en julio de 1945, siendo ya vicepresidente y claramente la figura más poderosa del régimen militar. Su propuesta era la de la aprobación del sufragio femenino a través de un decreto de ley que

posibilitase a las mujeres votar en las prometidas elecciones para 1946. En la compleja coyuntura de 1945, uno de los años más densos de la historia argentina, la izquierda -que veía desesperadamente cómo Perón la desplazaba al retomar con más éxito sus banderas respecto a la defensa de los derechos de la clase obrera- y los sectores dominantes -que veían perder sus privilegios- se unieron en la oposición frontal al régimen militar, exigiendo su renuncia inmediata. Perón se encontraba así amenazado en la realización de su proyecto político, y en ese sentido no es improbable que haya considerado el sufragio femenino como un recurso para postergar un poco las elecciones - su aprobación implicaba la necesidad de un margen mayor de tiempo para que se completasen los padrones electorales- y, de una manera legítima, conseguir un plazo para ampliar su base de apoyo también entre las mujeres. Además, tarde o temprano, el voto femenino debía ser aprobado porque era algo a lo que Argentina se había comprometido poco antes al firmar el Acta de Chapultepec, que incluía, entre sus artículos, la necesidad de que toda discriminación basada en el sexo fuese eliminada por los países firmantes.

La propuesta de Perón provocó una fuerte confusión entre las mujeres que habían luchado hasta ese momento por el sufragio. Las socialistas prefirieron seguir la línea de sus compañeros de partido -quienes veían en Perón un demagogo militar con ideas fascistas- y pasaron a oponerse a la aprobación del sufragio a través de un decreto de ley, argumentando que su aprobación sólo era válida si realizada bajo un gobierno democrático. Varias entidades femeninas también se manifestaron a favor de la

postergación, entre las cuales estaban la Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas, la Federación Argentina de Mujeres Universitarias y el Centro Femenino de Cultura Cívica, recientemente formado por mujeres demócratas cristianas. Estas diversas agrupaciones organizaron un acto para unirse en la manifestación por el fin del régimen militar.

Una posición diferente fue la asumida por uno de los grupos de mujeres más activos en los años anteriores en la lucha por el sufragio, la Asociación Pro Derechos de la Mujer, presidida por Carmela Horne de Burmeister, que se incorporó a la Comisión Pro-Sufragio Femenino creada desde la División de la Mujer. Esta Comisión organizó un acto público, que contó con representantes del Club Argentino de Mujeres, de la Asociación de Sanatorios y Hospitales Particulares, de grupos de profesoras y operadoras telefónicas. Perón dirigió fuertes críticas a las mujeres que no estaban apoyando la aprobación del sufragio, al hablar en el acto, mostrando como ésta sí contaba con el apoyo de las mujeres trabajadoras.

Rápidamente, frente a la vorágine de los acontecimientos políticos, Perón dejó de lado la propuesta. Sin embargo este momento -aproximadamente un mes- marcó un importante divisor de aguas para la cuestión política femenina. Perón había entrado en la escena política recuperando una reivindicación con una larga historia de lucha, mientras la mayoría de las mujeres que la había construido tendió a continuar en la posición elitista que habían adoptado en el pasado.

La iniciativa de Perón buscaba contrarrestar las posibles

influencias que podrían tener los socialistas entre las mujeres. Ellos, así como estaban en un dilema respecto a la clase obrera, lo estaban respecto a una medida que habían venido reivindicando durante casi 50 años. Entraron en la trampa que significó la unión con los sectores conservadores contra Perón. Democracia era entendida como acabar con Perón, pero no era esto lo que significaba para los trabajadores. Ellos lo apoyaron masivamente el 17 de octubre y en las elecciones de 1946. Dentro del clima de polarización de la sociedad en peronistas y antiperonistas, las mujeres no estuvieron ajenas, participando activamente tanto en la coalición peronista como en la Unión Democrática, que nucleó a la oposición a Perón.

En este periodo previo a las elecciones, Perón había comenzado a aproximar la cuestión del sufragio a las mujeres de los sectores populares como no lo habían conseguido los sufragistas. Pero esto no debe ser interpretado como una simple continuación de las luchas sufragistas pasadas. Perón establecía un corte con ese pasado, en el que reconocía herencia y valor, y Evita siguió esta dirección.

La Aprobación del Sufragio

Después que Perón asumió la presidencia, fue Evita quien continuó levantando la necesidad de la aprobación del sufragio, si bien no con intensidad. Ya en uno de sus primeros discursos como esposa del presidente, Evita habló a las mujeres que habían participado durante la campaña electoral, agradeciéndoles el apoyo y prometiéndoles la aprobación del sufragio femenino. A partir de esto, desarrolló una corta campaña, que no implicó

significativas movilizaciones de mujeres, consistiendo principalmente en una serie de pronunciamientos en los que Evita se refería a la cuestión a través de discursos en actos y celebraciones, algunos de los cuales transmitidos por radio, y de artículos publicados especialmente en el diario Democracia bajo el título "La Mujer Argentina quiere Votar".

Al retornar de su triunfal viaje a Europa -el 23 de agosto de 1947- Evita se proyectó políticamente con un papel más destacado y central en el régimen. En sus discursos pasó a referirse más frecuentemente al voto, colocando la necesidad urgente de que fuese aprobado. El diario oficialista Democracia pasó a dar un amplio espacio a la cuestión, presentando a Evita como la artífice de la futura conquista, que anunciaba para el 3 de septiembre, llamando a las mujeres a estar presentes en la plaza del Congreso. Si bien los partidos de oposición eran favorables a la aprobación, los diputados radicales se opusieron a que en ese día la ley fuese aprobada por comisión -ganando esta posición, ya que los diputados peronistas ese día estaban en minoría-. Esta situación, que sólo postergaba la aprobación por unos pocos días, fue aprovechada por el diario Democracia para acusar a los diputados radicales de traidores de la mujer, en grandes titulares de primera plana, y también fue aprovechada por Evita, quien en sus discursos utilizó esa divergencia para mostrar cómo el peronismo era el responsable por la defensa de los derechos políticos de la mujer. Finalmente, el sufragio fue aprobado por la prevista unanimidad, pero lo interesante de estos incidentes es cómo buscaban crear un clima de hostilidad, para rescatar la

aprobación en los diarios oficialistas, y especialmente en Democracia, debe tener pocos equivalentes en el mundo, mostrando no sólo la importancia que Evita ganaba en este proceso sino también la que se les daba a las mujeres como actores políticos.

Pero si Evita se proyectaba con este logro, las sufragistas del pasado continuaron marginalizadas y marginalizándose de su defensa. La mayoría estaba incorporada a los partidos opositores -especialmente socialista y radical- y al omitirse, dejaba el terreno libre para Evita. Ella acusaba a las ex-sufragistas de ser parte de "las castas repudiadas de nuestro deber nacional", que son su "incomprensión, ... negociaciones e intereses creados" habían contribuido para la postergación. Políticos y los gobiernos anteriores eran presentados por Evita como responsables del atraso siendo el peronismo el intérprete de los intereses del pueblo y de las mujeres argentinas.

E. Verón y S. Sigal, analizando los discursos de Perón, consideran que una de las estructuras más básicas de estos es la presentación de la doctrina justicialista como transideológica, representando e identificándose plenamente con los valores patrióticos y nacionales, no dejando espacio para la oposición a su política. Esta era criticada por ser anti-patria, defensora de banderas particularistas y anti-nacionales. ¹⁴ El sufragio no escapaba a este esquema: los enemigos del sufragio femenino (pasados o presentes, reales e inventados) eran los enemigos de la nación, y por lo tanto, los enemigos del peronismo. No había espacio para omisión. Esta era vista como oposición. La identidad entre peronismo y conquista del sufragio femenino alcanzó su materialización en el propio acto realizado para

celebrar su aprobación, que en lugar de realizarse en el Congreso se hizo -enfrente de la Casa Rosada, en el que Evita recibió de manos de Perón el texto de la ley, y lo agradeció en nombre de todas las mujeres argentinas.

La asociación más general entre peronismo y sufragio, y la más específica entre Evita y sufragio, han permanecido arraigadas, a pesar de los intentos de la oposición para desarmarlas. La fuerza carismática de Evita y la propaganda peronista fueron suficientes para borrar las memorias del pasado de luchas sufragistas y no es difícil encontrar referencias en varios autores donde se reproduce el sentido común peronista sobre el
15
asunto.

Los conflictos durante la coyuntura de la aprobación del sufragio en Argentina dieron a ésta características muy peculiares respecto a otros países, en los que por lo general la aprobación fue de dos tipos: uno, en que se dió una coincidencia entre las élites políticas y los grupos de mujeres que defendían el derecho al voto, y en estos casos la medida fue aprobada rápidamente; otro, en que se produjo una divergencia entre las élites políticas y los grupos de mujeres, que llevó a retardar la aprobación del sufragio hasta que las negociaciones y las presiones internas e
16
internacionales llevaron a las élites a ceder. En el caso argentino, si bien se había planteado un impasse, su superación fue resultado de la iniciativa de la élite política, con la oposición activa -en 1945- y el silencio -en 1946 y 1947- de la mayoría de las agrupaciones defensoras de la aprobación hasta ese momento.

La importancia que Perón dió al sufragio femenino tendió a ser interpretada por la oposición como una maniobra de manipulación con fines electorales. Pero, si bien el apoyo femenino era fundamental para la legitimación del régimen en las elecciones futuras, ese apoyo se buscaba a través de la formación de una nueva identidad política en las mujeres, especialmente de las clases subalternas. Las mujeres fueron interpeladas específicamente, en cuanto a categoría social, siendo reconocidas como teniendo una historia común, con problemas diferentes de los que habían enfrentado los trabajadores. Evita en estos primeros años enfatizaba frecuentemente cómo habían participado de las luchas nacionales y populares, "a la vanguardia de todas las grandes gestas colectivas, hombro a hombro con sus hombres, con sus hijos, y con las reivindicaciones de su época".¹⁷ Por todo esto, ellas habían sufrido una injusticia mayor que los propios trabajadores, ya que ni los gobiernos anteriores ni los partidos políticos les habían reconocido sus derechos políticos. Según Evita, éste era el objetivo de Perón: acabar con la postergación a que habían sido relegadas.

La ampliación de la ciudadanía política a las mujeres era paralela a la legitimación de su incorporación al mercado de trabajo, que ya había comenzado a ser realizada por Perón en el periodo 1944-1946. Si bien poco se sabe sobre las mejoras reales en la situación de las mujeres trabajadoras, indirectamente, sin duda no dejaban de favorecerse con la creciente democratización en las relaciones de trabajo, que Perón apoyaba.¹⁸ La propia presencia de Evita tenía un efecto especial en esto en tanto generaba una fuerte corriente de identificación entre ella y los

trabajadores, adquiriendo sus discursos un carácter cada vez más clasista, enfatizando los aspectos niveladores del peronismo y las relaciones de poder entre las clases. Pero especialmente estimulaba a las mujeres trabajadoras en su capacidad de afirmación en el lugar de trabajo, junto con los hombres, o en el empleo doméstico frente a las patronas. Ella se presentaba como "una mujer del pueblo, como una descamisada más y como una peronista..." y frecuentemente recordaba con orgullo sus orígenes humildes, reconociendo que ella "había salido de las filas de ese pueblo trabajador" y como tal se había puesto "en frente como un soldado más de las mujeres argentinas, para defender nuestros derechos y para que en el futuro se nos reconozca más. Es por eso que velo por todas las mujeres desde mi modesta situación, para llevarles en el futuro un alivio, una mejora, una sonrisa, que será el fruto más grande que podré recibir: la sonrisa de todas las descamisadas, de todas las argentinas, especialmente de todas las descamisadas porque yo me he puesto al lado de ellas como una mujer del pueblo, y no al lado de esas cien familias que han sido la desgracia de nuestro país. Pueden tener confianza las mujeres trabajadoras del país, que en Evita tienen una hermana, a una compañera que no dormirá y que no vivirá hasta verlas felices a todas ustedes". Este discurso, pronunciado el 30 de noviembre de 1946 en Tucumán, es representativo de los discursos que Evita dirigía a las mujeres, llamándolas a integrarse en el peronismo a través de la identidad nacional y popular, compartiendo junto con los trabajadores los principios fundamentales con que se presentaba el peronismo. Y el sufragio aparecía como el paso

necesario para conseguir esa integración efectiva. Pero, les correspondería un rol especial en cuanto a su condición de mujer?

Esparta como metáfora del rol político femenino

Evita no hacía referencia en sus discursos a que las mujeres debiesen incorporarse a las actividades del partido junto con los hombres. Entonces, qué significaba el apoyo que les pedía?

Cuando explicaba la legitimidad del sufragio femenino Evita decía que era una "reivindicación de millones de mujeres injustamente pospuestas en aquello de mayor valor en toda conciencia: la voluntad de vigilar, desde el sagrado recinto del hogar, la marcha maravillosa de su propio país. Esta debe ser nuestra meta...El voto femenino será el arma que hará de nuestros hogares el recaudo supremo e inviolable de una conducta pública..." (26-2-47).

El voto no implicaba que las mujeres deberían incorporarse a la vida política pública, sino, por el contrario, debería dar un nuevo sentido a las actividades domésticas tradicionales. Según Evita, la esfera natural de las mujeres era la privada y era ésta la que debía ser el espacio desde el cual asumir las nuevas responsabilidades y derechos políticos: "la aparición de Perón en el escenario político nacional marca la etapa nueva de la valoración en la vida femenina, que sin renunciar a ninguno de los aditamentos de la femineidad, transforma su hogar, hasta ayer recaudo de la conducta privada, en el supremo juez de la conducta pública" (26-6-49).

Si entonces las mujeres no eran llamadas a asumir un rol político en la esfera pública, ¿cuál era el que les

correspondía desde sus hogares? Según Evita el voto posibilitaba "elevar a la mujer a la categoría de verdadera orientadora de la conciencia nacional" (19-11-47), o como decía el propio Perón, las mujeres eran formadoras de la "nacionalidad, como la primera maestra del niño, desde su cuna misma cuando empieza a enseñarle al hombre que debe ser honrado, patriota, virtuoso" (23-9-47).

Y, a pesar de que Perón y Evita reconocían el importante papel de las mujeres en el trabajo, el voto era justificado a partir del rol de las mujeres como madres. Esta era la función más importante, la que se transformaba con la ciudadanía política, dada la importancia de los primeros años en la formación del ciudadano. ¿Quién era este ciudadano a ser formado? Según Evita: "La misión sagrada que tiene la mujer, no sólo consiste en dar hijos a la Patria sino hombres de la Humanidad, hombres en el sentido caballeresco de la hembra, que es cuna del sacrificio cotidiano para soportar las contrariedades de la vida y base del valor que inspira los actos sublimes del heroísmo... Hombres formados en las costumbres cristianas, que han hecho fuerte a nuestra estirpe y sensibles a la emoción de nuestros criollísimos sentimientos. Hombres austeros, que forjan su vida al calor del hogar donde siempre palpita un corazón de mujer" (19-11-47).

El héroe era así definido con los atributos tradicionalmente apreciados en la sociedad argentina: mezcla de valores cristianos y exaltación de la masculinidad. La apología del héroe, y su formación como responsabilidad femenina implicaba la subordinación femenina a la autoridad y modelo masculino, lo que

Evita misma ejemplificaba al posicionarse en sus discursos en un rol secundario y subordinado a Perón, el héroe por excelencia .¹⁹

En este sentido, si bien el peronismo traía importantes estímulos para que las mujeres de las clases subalternas adquiriesen una identidad política, esto se hacía a partir de una ideología doméstica, que reforzaba la tradicional división sexual del trabajo, y si las mujeres también participaban de la fuerza de trabajo asalariada, esto era siempre colocado por Evita como secundario. Su "sagrada misión" era la vida familiar, mientras que los hombres actuaban en su propia esfera, que era el mundo del trabajo y de la política, el espacio público. Y no sólo la división de esferas entre los sexos no era afectada por el nuevo rol político de las mujeres sino que los atributos tradicionalmente definidos como femeninos eran reforzados, así como los masculinos, asociados al heroísmo. Como Evita decía, el peronismo no pretendía transformar a las mujeres: "Sería ilusorio tratar de mudarnos el alma. Sería inútil variar la índole de nuestros instintos, condicionar nuestra sensibilidad a la insensibilidad de la política...no intento siquiera mudar la delicadeza de tu personalidad de mujer..." (19-3-47). Hasta aquí los argumentos usados por Evita en la defensa del sufragio tienen ciertos aspectos comunes con los levantados por algunas sufragistas de principio de siglo, no sólo de Argentina sino también de Estados Unidos e Inglaterra: la importancia de revalorizar la "naturaleza femenina" y no su transformación, en un intento de eliminar las resistencias anti-sufragistas. Pero la propuesta de Evita incluía otro factor decisivo que justamente marca la diferencia con esos argumentos: la subordinación del rol

femenino a los intereses del Estado.

Esta dimensión de las expectativas sobre la responsabilidad política de las mujeres aparecía colocada por Evita frecuentemente a través de la metáfora de Esparta. Evita se referió al ejemplar rol de las mujeres espartanas en varias oportunidades, a pesar del poco efecto evocativo que podría esto tener entre las clases populares, ya que era un ejemplo que tomaba de la formación militar de Perón. Por ejemplo, Evita decía que durante "el gobierno de Licurgo se formó la escuela de las grandes mujeres lacedemonias. Ellas comprendieron y aprendieron la importancia que para el Estado tiene la mujer: educa al niño y forma al hombre. De grandes mujeres sólo pueden salir grandes hombres" (19-11-47). La formación de las mujeres respondiendo a los intereses del Estado era presentada por Evita como una idea ejemplar. En el Estado espartano, el más fuertemente militarizado de la antigüedad, los individuos sólo eran valiosos en la medida que respondiesen directamente a la dinámica guerrera de aquél. Las mujeres, si bien no participaban en las guerras, debían colaborar tanto como los hombres, procreando y educando los soldados valientes y heroicos que Esparta necesitaba. Para este fin ellas debían ser también valientes y heroicas con excelente preparación física.

Esta es la Esparta que Evita presentaba como metáfora de las expectativas que el peronismo tenía sobre el rol político femenino. Esta evocación es importante porque muestra la vinculación que se establecía entre los nuevos derechos políticos de las mujeres y los intereses globales del régimen. La

integración política de las mujeres se justificaba no como un fin en sí mismo sino como un medio para lograr el perfeccionamiento de los hombres que la Patria necesitaba, y el voto era el reconocimiento de que éste debía ser el camino a seguir. Las mujeres debían preparar a sus hijos para un destino de heroísmo y por lo tanto el voto no era sólo un derecho sino una obligación de adhesión y apoyo a los valores que exaltaba el peronismo, en tanto se presentaba como representante de los intereses nacionales.²¹

Todavía en este período Evita no explicaba cómo podía desarrollarse esta tarea y las menciones permanecen bastante difusas y rodeadas de giros grandilocuentes. Pero el peso dado al Estado como eje al cual las voluntades femeninas debían subordinarse ya marcaba una diferencia fundamental con las ideas expresadas por Alicia Moreau de Justo y que representaban las nuevas tendencias que las socialistas estaban tomando en las cuestiones del sufragio femenino y de la integración política de las mujeres.

En 1945 Moreau publicó "La mujer en la Democracia", donde colocaba que el voto era importante porque abría a las mujeres la posibilidad de una participación legítima en la esfera pública, mostrando así las transformaciones en los argumentos levantados en los primeros tiempos de la lucha sufragista, en que se daba más peso al rol de las mujeres como madres y a sus posibilidades de moralización de la esfera pública. Si Moreau continuaba afirmando que las mujeres tenían una transcendencia política especial en tanto formadoras de la conciencia nacional -como lo afirmaba Evita-, la actividad política principal era fuera del ámbito familiar, con la incorporación a los partidos junto con los

hombres. El voto por lo tanto era sólo un medio, un paso, para que las mujeres entrasen en la lucha política, pero que en sí mismo ya había dejado de ser un objetivo final. Moreau recuperaba las experiencias de otros países ya con el voto femenino y no veía que hubiesen aparecido grandes diferencias entre hombres y mujeres en las preferencias políticas, y que por tanto, si bien existían cuestiones que eran de preocupación mayor de las mujeres, ellas no tenían responsabilidades muy diferentes de los hombres. Una vez incorporadas a los partidos políticos y también al mercado de trabajo, debían recuperarse de la falta de experiencia con la educación cívica básica en los principios de la democracia y el pluralismo.

Además, mientras Evita enfatizaba en la subordinación de la socialización asumida por las mujeres a los intereses del Estado, Moreau consideraba que la educación de los niños debía ser realizada preservándose la autonomía de las mujeres respecto a ideas o intereses de un líder o partido en el poder, trascendiendo particularismos ideológicos. Las mujeres debían ser autónomas frente a la razón de estado, y la maternidad debía ser una opción consciente y voluntaria y no una misión que se confundiese con intereses partidarios.

22

Por lo tanto, ya en 1945 Moreau temía que la integración política femenina implicase la pérdida de autonomía de las mujeres frente al Estado. Sus advertencias fueron apareciendo más fundamentadas a medida que se desarrollaba la campaña por el sufragio en 1946 cuando Evita utilizaba argumentos que enfatizaban que las mujeres deberían asumir sus nuevos derechos

políticos sin necesariamente abandonar su rol tradicional. Este debía ser transformado. Las mujeres no debían salir de sus casas para hacer política junto con los hombres porque ellas debían politizar sus responsabilidades "naturales", siguiendo las directrices que el peronismo comenzaba a abrir, colocándose como la doctrina que se identificaba con los intereses nacionales y populares.

Este énfasis en la responsabilidad política que las mujeres debían comenzar a asumir en la esfera privada puede ser explicado por el pragmatismo de Perón, para evitar conflictos con la Iglesia, -que no hubiese apoyado transformaciones en el tradicional rol de las mujeres- aliada fundamental de Perón en estos primeros años de gobierno.

A esto también se suma la cautela de Perón en no provocar resistencias entre las propias mujeres si ellas fuesen llamadas a incorporarse a la política tal como estaba definida hasta ese entonces. La propuesta que Evita formulaba era la que menos amenazaba la "seguridad ontológica", es decir, las ideas más básicas y tradicionales respecto a la identidad.²³ Antes de llamarlas a la incorporación en el Partido, se creaba una precondición a la asociación mujer-política. El sufragio tal como era presentado por Evita puede ser considerado como un primer ajuste entre el nuevo rol político femenino y la "naturaleza femenina" que implicaba un complejo y gradual proceso de cambios que eran al mismo tiempo personales y sociales, y que llevaron a una redefinición del rol femenino.²⁴

Si bien la forma en que se dió este ajuste podía responder a estas razones de cautela política, principalmente puede ser

entendido como un paso en la subordinación de lo privado a los intereses del régimen. Es decir, respondía a tendencias que aún no aparecían muy claras en los discursos de Evita, pero que posteriormente paso a explicar. Estas tendencias eran parte de la orientación cada vez más autoritaria del peronismo, que ya había comenzado el ataque a la autonomía de los laboristas -que habían apoyado a Perón en las elecciones, pero que eran favorables a la democracia política y a reformas sociales profundas, y no eran incondicionales de Perón- y de los sindicatos respecto a su liderazgo.

El régimen peronista, según E. Viola, era no sólo autoritario -por el hiperdimensionamiento que adquirió el Estado y el control que ejercía sobre la sociedad civil-, sino también bonapartista -por el papel decisivo del liderazgo carismático de Perón en los mecanismos de poder- y sindicalista - por el papel central del sindicalismo, subordinado al Estado, pero fuerte en relación a los otros aparatos estatales frente a la sociedad civil. Estos aspectos del régimen peronista son fundamentales para entender las características del rol político femenino que el peronismo abrió a las mujeres una vez aprobado el sufragio. Posteriormente a esto, no sólo el papel de las mujeres en el espacio privado apareció más preciso sino que también apareció otra dimensión para su integración política: el Partido Peronista Femenino. Esto marcó una diferencia fundamental con la presión de grupos de mujeres, que se desmovilizaron, perdiendo fuerza para luchar contra la marginalización del poder político en que continuaron.

LA FASE DEL PARTIDO PERONISTA FEMENINO: 1949-1952

Entre la aprobación del sufragio femenino y la creación posterior del PPF, en 1949, Evita se dedicó muy poco a la organización de las mujeres. Durante esos años se concentró en tareas de inmediata importancia para la consolidación del régimen, y que también le permitieron ampliar significativamente su área de influencia y popularidad, mientras aumentaba la enemistad que despertaba entre antiperonistas. Por un lado, estaban sus actividades con los sindicatos, en los que su intervención fue decisiva, en la medida que, siguiendo las directrices de Perón, realizó una serie de fundamentales depuraciones de los líderes más autónomos, substituyéndolos por otros leales y sometidos a Perón. Por otro lado, se dedicó también a la Fundación María Eva Duarte de Perón. Esta se había originado en la transformación de la tradicional sociedad de beneficencia, que hasta ese momento había controlado las tareas de caridad en Buenos Aires.

Desde la Fundación, Evita controlaba fabulosos recursos, muchos provenientes de donaciones de industriales, no siempre espontaneas, y de sindicatos, que se dedicó a distribuir entre los sectores menos favorecidos del país. La organización de la Fundación pasó a absorberla obsesivamente, recibiendo pedidos directamente o a través de correspondencia, organizando la construcción de hospitales, barrios obreros, escuelas, colonias de vacaciones, hogares de ancianos, además de donar materiales para casas, juguetes, alimentos, ropa, etc. Con todo esto, Evita pasaba a ser el símbolo de la Nueva Argentina que el peronismo

propagaba, identificada totalmente con la causa popular y asumiendo activamente la política de nivelamiento social que caracterizaba al peronismo.

En los años previos a 1949, Evita fue transformando su estilo político, desde su apariencia -cada vez más severa y más distante del lujo que había adoptado en los dos primeros años- a sus discursos -improvisando y gesticulando más expresivamente, con un tono más violento y apasionado. Ella asumía el lenguaje de la lucha de clases, colocándose al servicio de los trabajadores, como la mediadora entre Perón y ellos. Pero ya no era "la Señora", sino que pasaba a ser "la compañera Evita", que tenía un lugar junto a Perón en los masivos actos peronistas. En éstos, la división de roles entre ella y Perón emergía claramente: mientras Evita asumía el enfrentamiento violento contra los enemigos del peronismo -que definía en una escala que iba desde el imperialismo y el comunismo internacional a los políticos y la oligarquía argentinos-, Perón se colocaba en un papel más apropiado para un presidente, manteniendo una actitud de árbitro frente a la Nación.

Las transformaciones en el estilo de Evita no correspondían exclusivamente a su evolución personal, sino también a la evolución del régimen. Entre 1947 y 1949 Perón aumentó significativamente el control político, no sólo sometiendo a los sindicatos sino también al Congreso y a la Justicia, además de controlar los medios de comunicación y tolerar poco las actividades de oposición. Esto se combinaba con una política de concesiones a la clase trabajadora, posibles por la prosperidad de posguerra: aumentos de salarios, protección del trabajador en casos

de enfermedad, accidentes, despido, embarazo, protección de los ancianos, rebaja de alquileres, vacaciones pagas, aguinaldo, etc.

A partir de 1949 la situación económica comenzó a dejar de ser favorable, llevando rápidamente a la recesión, lo que obligó a Perón a cambiar las políticas respecto a los sectores que había privilegiado hasta ese momento. Para atenuar el desgaste que esto podía ocasionarle entre los sectores que lo apoyaban, Perón desarrolló una intensa campaña propagandística, reforzando los aspectos carismáticos de su liderazgo y del de Evita. Al mismo tiempo el control sobre la oposición se fue haciendo más estricto agudizándose la división del sistema político entre peronistas y anti-peronistas. Perón comenzó también una política de subordinación de las instituciones que se mantenían con alguna autonomía respecto al régimen, mientras paralelamente buscó extender la "peronización" a toda la sociedad a través de campañas de adoctrinamiento y de un mayor control sobre la educación y los medios de comunicación.

Surgimiento del partido peronista femenino. Su justificación

Para posibilitar su reelección como presidente y garantizar la continuidad del régimen, Perón, además de modificar en este sentido la Constitución Nacional en 1949, buscaba consolidar el apoyo de los sectores que aún podían estar indecisos. Uno de estos sectores aún no organizados era el de las mujeres, a pesar de la existencia de diversas agrupaciones como los Centros Femeninos María Eva Duarte de Perón, la Unión Femenina Peronista,

la Asociación Pro-Derechos Políticos de la Mujer. Estos tenían una actividad no muy regular, y su trabajo no estaba suficientemente centralizado. El Partido Peronista Femenino surgió como la estructura nacional y centralizada para unificar la movilización femenina, constituyendo una de las tres ramas del Movimiento Peronista, junto con la sindical y la masculina política.

El acto de su inauguración fue el 26 de julio de 1949, en el que Evita fue elegida como su presidenta por aclamación de las mujeres reunidas. Ellas eran representantes de todo el país, y escucharon uno de los discursos más completos y largos de Evita sobre el papel que les correspondía a las mujeres en el movimiento: fundar centros educacionales y culturales por todo el país, y jurar una absoluta fidelidad y subordinación a Perón. El PPF surgió como algo más que un departamento femenino, que en esa época varios partidos políticos en América Latina habían abierto para las mujeres y que mantenían a las mujeres en posiciones secundarias y marginales. ²⁷ El PPF, por el contrario, pasó a tener más autonomía que esas secciones femeninas, bajo el control riguroso de Evita, quien decidía sobre absolutamente todo y seleccionaba a las delegadas que irían a recorrer el país con las tareas de abrir unidades básicas y realizar un censo de mujeres peronistas -que era una campaña de afiliación femenina.

La oposición al peronismo frente a la creación del PPF, consideraba que éste respondía a fines electoralistas. Además veía qué poder ser utilizado por Evita para su promoción política como candidata en las elecciones de 1951. Pero la preocupación con el carácter del PPF aumentó cuando el 29 de septiembre de

1949, poco después del lanzamiento del PPF, fue aprobado con extrema rapidez el Reglamento de las Actividades de los Partidos Políticos. Las críticas de la oposición se concentraron en el agregado que permitía a las asociaciones femeninas organizadas adquirir personería política independiente de los partidos cuyos nombres llevasen. Se autorizaba el desdoblamiento de los partidos según fuesen hombres o mujeres los componentes de las fracciones. Según el diario La Nación, "se negaba así el concepto mismo del voto femenino, que importa la exclusión de todo distingo entre ambos sexos por lo que toca al derecho electoral"²⁸. La oposición temía que a través de esta medida se permitirían combinaciones que podrían resultar en la elección de una cámara de diputados con una mayoría masculina y una minoría femenina, o viceversa pertenecientes ambas a la misma agrupación. Posteriormente Perón no siguió este procedimiento, pero evidentemente la oposición veía en el PPF un poderoso instrumento de Perón, sin saber muy bien cuales podrían ser sus reales intenciones.

Las socialistas se pronunciaron contra la alternativa considerando que las mujeres no tenían intereses diferentes que los hombres, y por lo tanto no había mayor sentido en que se organizaran separadamente. Argumentaban que hombres y mujeres debían participar conjuntamente de la vida política porque no existían diferencias básicas que así lo justificasen. Moreau decía que si en otros países las mujeres, después de poder votar, se habían incorporado a los partidos ya existentes en lugar de crear nuevos, exclusivamente femeninos, la "inclusión de esta

disposición en la ley no puede obedecer sino a la ignorancia de este fenómeno histórico universal o a intenciones que no se han expresado. Para las socialistas, la alternativa sólo podía estar "condenada al fracaso", lo que también pensaban las comunistas y radicales.

La diferencia de posiciones entre Evita y las mujeres de la oposición sobre el rol político femenino acrecentaba otro elemento más a la polarización de la sociedad argentina. Ambas posiciones representaban los dos polos entre los que históricamente ha oscilado la definición de los roles sexuales: por un lado, el énfasis en la similaridad; por otro, en la diferenciación. Evita justificaba la creación del PPF en la necesidad de la no asimilación de los roles políticos femeninos y masculinos en la esfera pública, así como no se asimilaban en la esfera privada, siguiendo la perspectiva que ya había presentado en la fase del sufragio femenino. Acusaba a las mujeres que no apoyaban al peronismo y criticaban la iniciativa de su organización, de querer "masculinizarse" al imitar a los hombres y no preservar las "naturales" diferencias entre los sexos al entrar en la arena pública.

Las mujeres de las clases subalternas eran para Evita las "verdaderas" mujeres, construyendo de una forma específica el conflicto entre ellas y las de las clase alta y media. El conflicto pasaba por la propia identidad femenina, y no sólo por que éstas respondían a "los intereses de la anti-patria". Las acusaba de no ser mujeres y renunciar a su identidad femenina, lo que aparecía presentado por Evita como un gran sacrilegio sin perdón. Al criticar a las mujeres que buscaban imitar a los

hombres, Evita se refería a las de clase media, que buscaban la independencia económica sin necesariamente concentrar el objetivo de su vida en la formación de una familia. También alcanzaba a la posición de las mujeres socialistas que para Evita, al pretender militar conjuntamente con sus compañeros, renunciaban a su condición femenina. También la crítica a las mujeres de la clase alta pasaba por la identidad femenina. Ellas eran las que renunciaban a la vida familiar y doméstica prefiriendo la vida vacía, dedicada al "bridge, hipódromo y fiestas". Las mujeres de la clase obrera eran las "verdaderas" mujeres, porque a diferencia de las demás sabían reconocer, según Evita, su "sagrada misión" y no abandonaban su único "destino".³⁰ Era a ellas que Evita les presentaba el PPF como el canal adecuado para entrar en el mundo público sin perder su esencia, es decir, sin imitar ni competir con los hombres en el terreno que ellos habían dominado siempre.

En La Razon de mi Vida compara al movimiento femenino con el de los trabajadores, y coloca como las mujeres solas debían luchar así como los obreros lo hicieron. Decía que "sólo las mujeres salvarán a las mujeres" y advertía que el PPF no por esto era una amenaza a la autoridad masculina porque las mujeres eran llamadas a participar en el peronismo de una forma específica que no implicaba ni el abandono de la vida familiar ni de los valores y atributos femeninos. Las mujeres eran más emotivas, racionales, perfeccionistas, dedicadas a los otros siguiendo una ética de autorrenuncia y sacrificio; los hombres eran racionales, menos perfeccionistas, competitivos y dedicados a sí mismos.

Cuando Evita explicaba en La Razón de Mi Vida el surgimiento del PPF enfatizaba la necesidad de mantener inalterados los roles tradicionales femeninos y masculinos, sin críticas a ninguno:

"Cuando pensé en mi movimiento femenino no quise sacar a la mujer de lo que es tan suyo. En política los hombres buscan su propio triunfo. Las mujeres, si hiciesen esto, dejarían de ser mujeres. Yo he querido que en el PPF las mujeres no se buscasen a sí mismas... que allí mismo sirviesen a los demás en alguna forma fraternal y generosa. El problema de la mujer es siempre y en todas partes el hondo y fundamental problema del hogar. Su gran destino, su irremediable destino".³¹

También advertía que el PPF no debía ser interpretado como un intento de "separación de la revolución nacional peronista ni de división del movimiento peronista, que es órgano político de la Revolución" (26-7-49) en la medida que la diferencia de roles femeninos y masculinos implicaba finalmente una complementación de los mismos. Eran las dos caras necesarias de una misma moneda. Unidos en los principios de la doctrina peronista, nunca podían separarse pero sí diferenciarse. El movimiento femenino se basaba en las mismas premisas de justicia social, liberación económica y soberanía política que guiaban al movimiento en su conjunto, y juntos, hombres y mujeres peronistas, debían luchar por esos objetivos.

El Funcionamiento del PPF

El PPF surgió con el reducido núcleo de las 22 delegadas - maestras, enfermeras, esposas de políticos leales, una abogada,

una cantante de tangos, que se habían ido aproximando previamente al peronismo, y especialmente a la Fundación-. Las delegadas seleccionaban a las subdelegadas - y Evita las confirmaba o no- que quedaban a cargo de diferentes áreas en las provincias, y que asumían el funcionamiento de las unidades básicas junto con una secretaria. Estas llegaron a ser 3.500 en 1952, contando con 500.000 mujeres afiliadas.

Las unidades básicas incluían pocas actividades de contenido político explícito. A veces se discutían publicaciones oficiales que en lenguaje claro y simple contaban la historia del peronismo, y algunas ideas claves de la doctrina peronista, en un contexto de apologéticas referencias a la pareja gobernante. Las mujeres que no estaban interesadas en estas discusiones eran motivadas con cautela a través de cursos de cocina, puericultura, higiene, costura, etc, dentro de programas de capacitación del ama de casa.

Esto lo explica Delia Parodi -una de las primeras delegadas, elegida diputada en 1951 y sucesora de Evita en la presidencia del PPF luego de su muerte- al decir: "nosotras ya habíamos combinado que no se podía arrancar a la mujer de su hogar... y llevarla al comité para ejercer una actividad política, porque aún no estaba preparada y había personas que no la querían de ninguna manera. No les pedíamos que fuesen activistas directamente, sino que colaborasen dentro de la unidad básica y dentro del sector que nos correspondía, de manera asistencial; que viniesen así a nuestra casa y que no nos viesen como esencialmente políticas. Entonces la mujer así iba entrando ...

El PPF partía así con conciencia de los límites y resistencias que podía encontrar entre las mujeres sin experiencia previa de participación política. Y las tareas asistenciales eran las más apropiadas para el comienzo. En estas actividades asistenciales el vínculo del PPF y la Fundación Eva Perón era decisivo. Las mujeres del PPF levantaban las necesidades en los barrios, y las respondían a través de los recursos de la Fundación, puestos a total disposición del fortalecimiento del Partido. Evita integraba así las funciones de un organismo para estatal, como era la Fundación, con un partidario, sin ocultarlo en absoluto. Ella decía que "la Fundación y el PPF no quieren otra cosa de lo que Perón quiere", en una clara superposición de competencias entre el Estado y el Partido, característica del peronismo.

Las actividades de las unidades básicas aglutinaban algunas tareas que hasta ese momento habían sido desarrolladas por grupos y asociaciones femeninas, por lo general ligados a la Iglesia, y que así se veían desplazados, lo que no dejó de provocar la reacción de aquella al ver invadido su terreno. Pero si bien las tareas podían tener una similitud, el PPF les daba otro sentido, otra dirección, al vincularlas directamente con la difusión de la doctrina peronista y el apoyo directo al régimen. El PPF no escapaba a la regla que dominaba a todas las organizaciones peronistas. Mientras las unidades básicas estimulaban la participación femenina a nivel local, ésta era controlada en el canal autoritario y centralizado que era el PPF. Las mujeres no permanecieron ajenas a la tendencia de "domesticación de la

clase obrera", como llama Waldman a la orientación predominante en el peronismo. El PPF se constituyó como el canal para extender y garantizar, sin resistencias, el apoyo femenino a Perón y Evita. El PPF sin embargo tuvo un carácter más marcadamente apendicular del Estado que las otras organizaciones partidarias, lo que fue posible porque, si los obreros y políticos tenían un cierto poder de negociación por su historia de lucha y organización previa al surgimiento del peronismo, esto no pasaba con las mujeres de las clases populares, sin esa misma historia previa de organización, no ofreciendo resistencias significativas a su subordinación directa a los intereses de Perón.

Las Simpatizantes

Los diferentes tipos de integración al PPF, entre las más activas militares, y las más periféricas simpatizantes, marcaba también diferentes tipos de tareas dentro del peronismo. Con respecto a las simpatizantes, Evita las convocaba a asumir principalmente dos importantes tareas: como consumidoras y como agentes socializadoras, tareas a ser desarrolladas a nivel del espacio privado.

En cuanto consumidoras, el papel que les correspondía a las peronistas era de colaboración con la aplicación de los Planes Quinquenales. La responsabilidad de las mujeres era educarse para un consumo racional; "saber comprar" debía ser el lema a ser adoptado, lo que era según Evita, un "problema capital de la economía social moderna, tan importante como ese otro principalísimo que es el incremento constante de la producción" (26/07/48). El control del consumo era visto como fundamental

porque consolidaba y sostenía el salario real de la economía peronista.

Respecto al rol femenino en la socialización de los niños, Evita continuaba las ideas que había manifestado anteriormente para justificar la aprobación del sufragio, y que sintetizaba en las referencias a Esparta, pero en este período pasaba a dar más una vuelta de tuerca a la cuestión. En una reunión en la Escuela Superior Peronista, destinada a formar los cuadros partidarios, Evita explicaba a las militantes allí reunidas lo que se debía esperar del papel femenino en la esfera privada: "Creo firmemente que el justicialismo de Perón vencerá sobre los hombres y sobre los siglos, pero con una condición: que no se lo deje convertir en cosa fría, que llegue a la inteligencia sin pasar primero por el corazón. Yo sé que esto no sucederá jamás y esa es la razón de mi fe en el justicialismo, porque nosotras, las mujeres peronistas, que somos las que creamos el alma de nuestro pueblo, nos encargaremos de que eso no suceda jamás, y antes de que los argentinos pasen por esta escuela superior, para aprender la doctrina de Perón, les enseñaremos desde la cuna y en el hogar que a Perón hay que quererlo como se quiere a la Madre y a la Patria"³³

Si antes Evita pedía a las mujeres que educasen a los héroes de la Patria, después de formado el PPF les pedía que los educasen en la doctrina peronista, es decir, que "peronizasen" a sus hijos. Hombres heroicos-patriotas-peronistas pasaban a ser equivalentes. La responsabilidad de las mujeres, como Evita lo remarcaba en varios discursos de estos años, era formar "la nueva humanidad que

quiere el justicialismo", para posibilitar el inicio de la nueva "edad justicialista". Las unidades básicas eran presentadas como los espacios ideales para la difusión y conocimiento de la doctrina peronista, y para la apropiada capacitación de las simpatizantes.

Este intento de influenciar y controlar el proceso de socialización expone la forma en que se establecía la relación entre lo público y lo privado en la ideología peronista. La familia era el punto de intersección entre los intereses públicos y los roles privados, estando estos últimos subordinados a los primeros. Las oscilaciones que se observan durante las dos primeras presidencias de Perón respecto a esta relación muestran la política pragmática que las dirigía, sin principios fijos o inalterables. En los primeros años de la presidencia de Perón, la cautela con respecto al rol político femenino satisfacía las expectativas conservadoras de la Iglesia, que no hubiese aceptado un estímulo a una mayor participación política femenina en el espacio público y esto hubiese colocado en riesgo la alianza que a Perón le interesaba mantener para afianzarse en el poder. Pero cuando las necesidades de estabilización llevaron a Perón a desarrollar una política de "peronización" de la sociedad, posteriormente tratando de alcanzar a la Iglesia, fue más lejos respecto al rol femenino especialmente a partir de 1950. Antes del golpe que lo derrocó -entre 1953 y 1955- Perón, desarrollando lo que P. Waldman llama "maniobras de diversión", buscó crear una "crisis moral y de valores" intentando garantizar su estabilidad en el poder. Aprovechando una tendencia a la secularización que estaba latente en la sociedad argentina, fueron aprobadas la

reglamentación de la prostitución y el divorcio que se sumaron, en el proceso de enfrentamiento con la Iglesia, a la reinstauración de la enseñanza laica en las escuelas rompiéndose así el legado pro-católico de la Revolución de 1943.

Algunos autores han resumido las ideas de Evita sobre el rol femenino como siendo fundamentalmente conservadoras y tradicionalistas, en la medida que el rol familiar continuaba siendo colocado por ella como el más importante.³⁴ Lo que aquí pretendo mostrar es que en este período las referencias al rol femenino en el espacio privado no son tradicionales o conservadoras, a pesar de que Evita continúa sin criticar la tradicional división sexual del trabajo. Evita llamaba a las mujeres a transformar el rol "natural" en el espacio privado a través de su activa politización. Si las mujeres peronistas tenían a su hogar como el centro de sus vidas -como "verdaderas" mujeres- esto era para que le diesen un significado diferente. Ser buenas madres era ser buenas peronistas, y su "misión sagrada" pasaba a ser la difusión de la doctrina peronista.

Esta dimensión del rol político femenino en la esfera privada es un aspecto tampoco considerado cuando se analizan las tendencias del peronismo al control generalizado de la sociedad. Y si bien no adquirió las características de la intervención en lo privado de los regímenes totalitarios, el peronismo buscaba no dejar incólume la estructura familiar. P. Waldman, por ejemplo, observa que Perón se conformó con "dominar el escenario del país y no se ocupó demasiado en modelar las opiniones y orientaciones de la población"³⁵. Sin embargo, la preocupación de Evita y

Perón respecto al rol político femenino muestra lo contrario. Las mujeres pasaban a ser las adoctrinadoras ideales, y si en general se ha observado la atención de Perón a la difusión de su doctrina, no se ha reparado el papel de las mujeres en esto. Perón buscaba más que un nivel superficial de adhesión. La relación entre el régimen y el rol femenino continuó siendo colocada por Perón en sus discursos dirigidos a las mujeres del PPF después de la muerte de Evita, enfatizando que las peronistas en cuanto madres eran "fundamentales para la perpetuación del movimiento. "Está más en sus manos que en la de los hombres ir formando desde la cuna los hombres que han de engrandecer la Patria" (Clarín, 30/12/54). Y en esta preocupación los niños no eran dejados de lado. Las políticas desplegadas desde la Fundación son muy interesantes en este sentido, y esto aún no ha sido estudiado.

En términos políticos más globales el papel de las mujeres como socializadoras puede ser relevante no sólo como reforzador de las ideas dominantes a nivel de régimen sino a nivel del posible refuerzo de la propia aceptación del principio de autoridad y de la realidad existente como normal e incuestionable. Esto no significa afirmar que las mujeres sean fundamentalmente conservadoras, sino que determinados regímenes políticos pueden buscar en ese rol garantías de estabilidad más profundas. V. Randall, por ejemplo, analiza cómo en los procesos postrevolucionarios, después de haberse criticado a la división sexual del trabajo, se vuelve, como fue el caso de la Unión Soviética, a considerar a la familia tradicional como unidad social por excelencia, vinculándose la identidad femenina con el rol de las mujeres como madres y esposas y no como

36

trabajadoras . En el caso del peronismo, el análisis de los discursos de Evita, especialmente en este segundo periodo, posibilita considerar como el pragmatismo que orientó a Perón en la cuestión de la incorporación política de las mujeres llevó a buscar una nueva dimensión en el rol tradicional femenino en la familia, correspondiente con la propia dinámica del régimen.

Este rol en el espacio privado se articulaba con el estímulo a la participación de las mujeres en el espacio público, y esta vinculación da una mayor complejidad a la relación peronismo-mujeres, que en otros regímenes políticos como en el caso del stalinismo, si bien existía una equivalente interpelación de politización del rol doméstico femenino, no la hubo respecto a la incorporación de las mujeres en el espacio público.

Las militantes y Evita como su modelo

Las mujeres que asumieron una carrera política en el peronismo, dentro del PPF, constituyeron una elite que fue elegida por Evita, quien seguía como criterio de selección la total disposición que deberían tener para trabajar por la causa peronista, dejando de lado cualquier ambición personal y vínculo familiar. La militancia debía ser concebida como un "sacerdocio", y cada una debería convertirse en "misionaria", de la doctrina peronista, como Evita solía decirles ³⁷ . También les exigía como condición esencial para incorporarse a trabajar con ella que manifestasen "obediencia ciega", "confianza total" y "lealtad incondicional a Perón."

Si las militantes deberían abandonar sus familias para

entregarse integralmente al PPF, no por esto deberían verse como menos femeninas. Evita les advertía que ellas eran tan o más mujeres que muchas otras en la medida que sustituían su familia personal por la "gran familia peronista". Esta caracterización se extendía a las otras instancias de la organización: el PPF y las unidades básicas eran definidos por Evita como "hogares", en los que había "grandes amores, y... pequeñas desavenencias, con su fecundidad excelsa y su laboriosidad interminable".

Además, Evita remarcaba frecuentemente que la actividad de las militantes en el PPF no debía verse como siendo "política". Este término era asociado exclusivamente al rol masculino, mientras que el femenino debía ser "cada vez menos político, menos frío, y más generoso, más humano y más justicialista". La tarea de las mujeres era desarrollar lo que Evita definía como siendo "acción social", en contraste con la masculina "acción política" .

La "acción social" implicaba fundamentalmente tres tipos de funciones en el PPF. Primero, las de carácter organizacional, como eran la abertura de unidades básicas, la realización del primer censo de mujeres peronistas, la preparación de actos, etc. Segundo, las de carácter asistencial, que Evita diferenciaba de las tareas de caridad o limosna que las sociedades de beneficencia habían realizado, y que definía como parte de la distribución de la riqueza propagada por el justicialismo, que ya la Fundación había comenzado a desarrollar. Tercero, las de carácter ideológico, que se referían a la difusión de la doctrina peronista entre las mujeres.

En estas propuestas que Evita realizaba a las militantes,

ella misma aparecía como su mejor ejemplo, encarnando el ideal femenino, con la proyección de sus atributos "naturales" en la actividad política. Por esto, para comprender mejor el rol de las militantes es fundamental entender el de Evita, y cómo ella se presentaba como mujer en la política. En esto radicaba la fuerza del peronismo respecto a la cuestión política femenina, en tanto no sólo movilizó a las mujeres en su apoyo sino que proyectó a la carismática Evita como líder y modelo de ellas. Evita aparecía como la síntesis del ideal femenino peronista, no reconociendo ninguna contradicción entre lo que colocaba como ideal femenino y su no dedicación a la vida doméstica. Ella era como cualquier otra mujer, al "frente de un hogar... el gran venturoso hogar de esta Patria mía que conduce el General Perón"

Dentro de la "gran familia peronista" las relaciones eran como las que se establecían en cualquier familia: la de marido y esposa, la de padres e hijos. La división de roles en la pareja gobernante era equivalente a la división de roles que Evita proponía a las mujeres dentro del movimiento peronista: una relación de subordinación y obediencia. Ella era la esposa de Perón y como tal legitimaba su entrada en el espacio político, pero no era sólo "una" esposa sino un determinado tipo de esposa, en un determinado tipo de familia. En general se ha mencionado que Evita ocupaba su rol político porque era mujer y como tal no amenazaba a Perón. Efectivamente ella no competía con él, sino que era una garantía de confianza porque asumía el equivalente del rol de una esposa en una típica familia patriarcal, donde indiscutiblemente Perón ocupaba el lugar del gran patriarca. Ella

era leal, sumisa, su mera extensión, su sombra. Su actitud debía ser ejemplo no sólo de la actitud de las mujeres frente al líder sino de los descamisados en general. Los peronistas debían asumir una posición que Evita definía como "femenina", en el sentido de una ciega subordinación al patriarca. Y aquí los aspectos "femeninos" en el peronismo alcanzan una difusión mayor que entre las mujeres. Las relaciones entre Perón y las masas, Evita y Perón, Evita y las masas, se daban en términos de un continuo ³⁹ entre las relaciones de poder en la familia y en la política.

La asociación entre la autoridad política y la patriarcal ha sido uno de los leitmotivs de la filosofía social y de la política desde Platón y Aristóteles, y ha sido y continúa siendo un importante recurso evocativo, en tanto remite a las formas de ⁴⁰ afecto más básicas y tradicionales. Pero lo interesante del modelo peronista es que no sólo había un líder carismático en el papel del patriarca, sino una pareja carismática, que asumía y proyectaba las varias formas de relación familiar en términos políticos. Evita no sólo reclamaba ser seguida en su papel de sumisa esposa, sino que también se asumía como madre de los descamisados y en algunas oportunidades como hermana mayor de las mujeres y de los trabajadores. Este complejo sistema de vínculos políticos, establecidos en términos de relaciones personales, es un ejemplo puro de lo que E. Chaney ha conceptualizado como "Supermadre". La autora define así una actitud recurrente entre mujeres políticas latinoamericanas que reproducen en la política la misma división-sexual del trabajo familiar, entre ellas y los políticos, observa, además, que este fenómeno es bastante general, atravesando clases e ideologías políticas por igual. Las mujeres

recurren a considerar el país como "un gran hogar", buscando legitimar su entrada en un espacio dominado por hombres, y así evitar las discriminaciones y desventajas con que cuentan para una competencia equivalente en los mismos términos.⁴¹ Evita agregaba a esto más una complejidad en tanto ella no dividía el trabajo político con otros políticos sino con su esposo y líder, lo que hace que la relación entre ellos aporte otro elemento más en las asociaciones de lo político con lo familiar.

Por otro lado, Evita no sólo establecía una privatización de las relaciones políticas, sino que también realizaba una privatización de la terminología y estilo políticos.⁴² Esto es algo también frecuente entre varias mujeres políticas, pero el caso de Evita es especial en tanto ella llevó este proceso a su máxima radicalización. Utilizando muchas veces hipérbolos que había aprendido en sus radioteatros, y expresiones que sin duda provenían de su experiencia, en tanto expresaban lo que ella misma debería sentir frente a su papel como mujer política, Evita afirmaba que ella sí era fanática, como la oposición le criticaba incansablemente, pero que esto se debía a su total entrega al peronismo y a Perón. Especialmente en su último año de vida, Evita daba una trágica materialidad a las frases de entrega total. "Dar la vida por Perón" había dejado de ser una metáfora de la lealtad esperada entre los peronistas, en la medida que Evita colocaba su propia salud -el cáncer de útero no fue detenido, y sus efectos se fueron haciendo visibles a partir de 1951- como ejemplo de sacrificio personal. Lo interesante es que remitía esto finalmente a su femineidad inalterada: el irracionalismo y el

fanatismo aparecían como rasgos propios de la actividad política femenina.

Dentro de esta argumentación esencialista, Evita también se defendía frente a las críticas de resentimiento social, transformándolas en elogios y prueba de su inquebrantable fe por Perón y de su odio por las clases dominantes, lo que ponía, en última instancia, como confirmación de que ella no había perdido su condición femenina por haber entrado en un espacio masculino.⁴³

Evita hacía de su fanatismo, resentimiento social, irracionalidad, testimonios de su preservada femineidad. Como muy bien señala Julie Taylor, Evita encarnaba el mismo ideal femenino para los peronistas y los antiperonistas.⁴⁴ Sólo que para los primeros los valores que Evita representaba eran juzgados positivamente, mientras que para los segundos eran justamente la representación del fin del diálogo político y de las propias reglas que lo hacían posible.

Al radicalizar la privatización de lo político, establecía una compleja red en que los atributos que se definían como femeninos se articulaban con la polarización que dominaba la sociedad y la radicalización del peronismo en el sentido de intolerancia a la oposición. El estilo que Evita proponía como modelo a ser seguido por las militantes implicaba convertirlas en las más fieles y fanáticas defensoras del peronismo, vinculando estrechamente su rol con las necesidades del régimen. A medida que se fue extendiendo la "peronización" de la sociedad, en torno de 1950, previamente a las elecciones, las mujeres del PPF no sólo cumplían tareas específicas respecto a la consolidación del apoyo

femenino a Perón, sino que cumplían tareas que las insertaba en el medio del conflicto que dominaba el período. Ellas debían ser una especie de ejército de "Evitas", distribuidas por todo el país y actuando a su imagen y semejanza, dedicadas además a preservar las lealtades a Perón y vigilar que la subordinación fuese estricta en todos los niveles.

Y así como el rol político de las mujeres en sus hogares respondía a determinadas necesidades de estabilización del régimen, el rol político de las militantes también se relacionaba al régimen, en la medida que las transformaba en ideales guardianas de la lealtad peronista. Y ambos aspectos del rol político femenino se justificaban, en última instancia, en los atributos que aparecían definidos como propios de la "naturaleza femenina".

Los límites del rol político femenino

En este ítem analizaré cómo en la propia definición que Evita realizaba del rol político como privatización del espacio público estaban los límites de su desarrollo hacia una forma de participación más igualitaria entre hombres y mujeres peronistas.

En algunas oportunidades Evita se definió como una "feminista moderna", diferenciándose de las "feministas a la antigua". Estas últimas, según Evita, buscaban imitar sin éxito a los hombres. Su posición era de que se debía reconocer lo que "valen los hombres y lo que pueden aportar las mujeres" (28-7-49). Sobre las críticas de su interpretación del feminismo comentaba: "¿Cómo va usted -me decían- a dirigir un movimiento feminista si usted

está fanáticamente enamorada de un hombre? ¿No reconoce así la superioridad total del hombre sobre la mujer?". Pero para Evita esto no era contradictorio porque "la verdad, lo lógico, es que el feminismo no se aparte de la naturaleza misma de la mujer. Y lo natural de la mujer es darse, entregarse por amor, que en esa entrega está su gloria, su salvación y su eternidad. El mejor movimiento feminista no será el que se entregue por amor a la causa y la doctrina de un hombre que ha mostrado serlo en toda la extensión de la palabra?...Yo pienso que ningún movimiento feminista alcanzará la gloria y eternidad si no se entrega a la causa de un hombre"

46

Esta apología a la subordinación a Perón se sumaba a los estímulos a la participación política. Esto, como Evita misma reconocía, podía parecer una contradicción, pero en realidad no necesariamente lo era. Como aclara Elsa Chaney, en el ya citado "supermadre", respecto a las mujeres latinoamericanas, subordinación no implica siempre pasividad. Menciona varios ejemplos de la activa participación política de algunas mujeres en la historia latinoamericana que se destacaron por su influencia e iniciativa, pero que eran aceptadas en la medida que no escapasen a los límites de las tareas específicamente aceptadas como femeninas. Podían ser activas sin violar necesariamente las normas de conducta asignadas a las mujeres como naturales. Y la dimensión de esta tolerada asociación en el sentido común entre actividad y sumisión aparece más claramente sumando la variable clase social, ya que para las mujeres de las clases subalternas la expectativa de pasividad está muy lejana de lo cotidiano, que les exige una activa participación en la sobrevivencia, pero no por esto necesariamente abandonan la subordinación como atributo

femenino. De esta manera en el caso del rol atribuido a las militantes en el peronismo no había necesariamente algo contradictorio entre las expectativas de participación activa y subordinación, por no violarse la proyección de las características reconocidas como femeninas en la incorporación de las mujeres a la esfera pública. El vínculo entre la participación y la subordinación se daba a través de un atributo: la ética de la auto-renuncia. Evita recurría a la apología de ésta como justificativa para el control de la participación femenina.

Las consecuencias políticas de este límite se hicieron más explícitas en la coyuntura previa a las elecciones de 1951, cuando eran tomadas las decisiones de quiénes serían los candidatos. Evita pidió a las militantes que no luchasen por cargos, porque "nosotras no hemos venido al movimiento por mezquinas y egoístas ambiciones personales...No luchamos por nosotras ni para ganar un puesto. Estamos acostumbradas al sacrificio, que para nosotras, mujeres, es la cosa más natural del mundo...una cosa de todos los días...Cada mujer peronista debe saber que tiene sobre sí una responsabilidad que sólo puede salvar de una sola manera: con su propio sacrificio", y terminaba colocando como ejemplo de esto que les pedía, su propia renuncia a la candidatura a la vicepresidencia.

Esta renuncia representó para la carrera de Evita simultáneamente su zenit y su ocaso, como resumen Frazer y Navarro, lo que mostró los límites de su participación política y de su feminismo. En agosto de 1951 debió desistir, a pesar de la

fuerte presión popular para que aceptase la candidatura -lanzada por la CGT y el PPF que esperaban beneficiarse con su elección-. Ya su estado de salud estaba deteriorado y esto había obligado a disminuir el ritmo obsesivo e intenso de su trabajo. Pero más importante que los límites de su salud fueron los que su nombre enfrentaba entre los militares, que presionaron a Perón para que ella no saliese en la fórmula.

Para justificar su renuncia, Evita recurrió a la apología de la ética del sacrificio como algo propio de la "naturaleza femenina", y era esto lo que colocaba como ejemplo a ser imitado por las mujeres del PPF frente a la distribución de cargos. Evocaba así un mecanismo de control que ha funcionado históricamente en diversas sociedades cuando las mujeres alcanzan determinado nivel de conciencia sobre sus propios intereses y que moviliza un sentimiento de culpa que busca mantenerlas alejadas de protestas sobre su falta de poder. ⁴⁸ La ética de la autorrenuncia era el argumento al que explícitamente recurría Evita para poner freno a la participación política femenina.

El freno y el estímulo a la participación femenina estuvieron siempre en tensión durante los años en que Evita lideró el movimiento femenino. El estímulo era acentuado hasta donde las mujeres no pasasen a amenazar la lógica dominante del régimen: la necesidad de preservar la unidad entre los peronistas y de eliminar cualquier amenaza a esta unidad. Evita en ningún momento cuestionaba la asimetría de poder político entre hombres y mujeres peronistas, porque claramente esto colocaba en riesgo la unidad. Y por esto la división de roles sexuales en la política era una garantía de que la participación femenina no entraría en conflicto

con la masculina. En este sentido, es interesante notar cómo el énfasis de Evita en la acción social y en el rol específico de las mujeres en el PPF no iba acompañado de un estímulo particular para la participación de las mujeres en la elite sindical, que a pesar de la presencia poderosa e influyente de Evita, continuó estando controlada por los peronistas, con mínima presencia de mujeres. Ellas recibían el estímulo junto a todos los trabajadores pero no el estímulo a ser líderes sindicalistas. Probablemente había resistencias entre los sindicalistas a la participación femenina en los más altos cargos y Perón prefería mantener a las mujeres controladas en la estructura del PPF. Con su característica cautela puede haber buscado mantener divididos los problemas para no irritar a unos y descontrolar a otros.

49

En tanto militantes del PPF, las mujeres no estuvieron marginalizadas en la distribución de cargos. Evita seleccionó personalmente a las candidatas según grado de subordinación y lealtad. Este era el otro aspecto de la ética de la autorrenuncia: daba a Evita la posibilidad de seleccionar a las más aptas según su criterio sin dejar espacio para que las no elegidas reaccionasen.

En esas elecciones hubo un elevado porcentaje de participación electoral femenina, que superó significativamente el que las mujeres habían tenido en otros países al votar por primera vez. Del total de mujeres registradas votaron un 90.32%, mientras los hombres lo hicieron en un 86.08%, evidenciándose el poderoso y estimulador efecto del peronismo entre las mujeres. Y todas las candidatas peronistas fueron elegidas: 6 senadoras y 24

50

diputadas, alcanzando un número que aún hoy es alto en relación con la mayoría de los países.

Todo esto podría parecer el sueño realizado de las sufragistas, pero en realidad fue la pesadilla para muchas de ellas, como fue el caso de Moreau, quien no pudo presentarse a votar porque tenía una orden de prisión por sus actividades de oposición al régimen. Esto era una muestra de las condiciones en que se realizaron las elecciones (por cierto no muy favorables para la oposición, cuyas actividades eran difícilmente toleradas por el peronismo, además de no tener casi acceso a los medios de comunicación de masas) y de la evolución de régimen. Cuando las primeras diputadas y senadoras peronistas asumieron sus funciones, el Congreso ya había adoptado la adulación como regla y restringido los debates a cuestiones sobre la doctrina peronista. Ellas hicieron historia en cuanto a su número pero en una coyuntura en que el problema central era al carácter de su participación. Ellas siguieron fielmente el papel que Evita había delineado como el apropiado para las mujeres en la política, subordinadas totalmente a ella y a Perón, sin desarrollar actividades de influencia independientes de la lógica del régimen. Delia Parodi reconocía que las diputadas y senadoras podían ser capaces o menos capaces, pero lo que nadie nos podía discutir era la lealtad"⁵¹ Y, efectivamente, esto nadie lo negaba. Ellas respondían a la regla dominante en ese momento dentro del peronismo: a mayor subordinación, mayor acceso a los cargos, los que nada significaban en términos de poder de decisión.

La centralización y autoritarismo que caracterizaban el proceso decisorio, y las crecientes tendencias totalitarias del

régimen, colocaron a las militantes del PPF en una difícil situación después de la muerte de Evita. Gradualmente, el PPF fue convirtiéndose en un organismo con cada vez menos vida. La elección de 1951 significó para éste su zenit y también su ocaso, así como había pasado con la carrera política de Evita con respecto a su candidatura a la vicepresidencia. Después de la caída de Perón, en 1955, el PPF fue perdiendo importancia, mostrando la responsabilidad que había correspondido a Evita en su proyección en el régimen. Y mientras el PPF iba sufriendo este desgaste, el mito popular Evita fue creciendo.

Previamente al surgimiento de la nueva ola feminista en los años 60, los dos paradigmas más importantes dentro del horizonte de la incorporación de las mujeres en la esfera pública eran: 1) que las mujeres pasaran a verse y actuar como iguales a los hombres, incorporándose en la esfera pública para hacer política aceptando las definiciones existentes de lo político como válidas. La igualdad era un punto de partida y por lo tanto no se reconocían discriminaciones y obstáculos en general que las mujeres podrían enfrentar en esta participación. El problema era la capacitación individual como criterio de selección para cargos representativos y 2) que las mujeres continuasen viéndose como "femeninas", y entrando en la esfera pública a hacer política pero trasladando los atributos propios de su "naturaleza y por lo tanto trasladando la división sexual del trabajo en la familia a nuevas actividades. La igualdad se consideraba como resultado de la diferenciación y complementación de los roles masculinos y femeninos. Y en esta posición no se cuestionaba si el contraste

implicaba jerarquía.

El primer paradigma estaba representado por la posición de Alicia Moreau de Justo; el segundo por la de Eva Perón, pero su versión de esta alternativa implicaba serias consecuencias políticas. Si por un lado Evita enfatizaba los aspectos niveladores -que caracterizaron al peronismo- entre las clases, contribuyendo a un nuevo lugar para las mujeres de las clases subalternas, en cuanto a clase, internamente- en lo que respecta a las relaciones dentro del peronismo- no sucedía algo equivalente. Las mujeres no sólo eran llamadas a subordinarse junto con los hombres a la autoridad de Perón, sino que eran llamadas a subordinarse como mujeres, es decir, su subordinación era justificada a través de la evocación de lo que se entendía como "naturaleza femenina". Lo "femenino" pasaba a ser garantía y sinónimo de subordinación y lealtad absoluta e incondicional. A través de esto el peronismo abría a las mujeres la política al alcance de su mano: en la casa y en la escuela. Y lo privado pasaba también a tener que responder, a través de esto, a los intereses del régimen.

Pero estos eran los parámetros de la discusión en la época - no incluyo en esto al carácter especial que el peronismo dió al segundo paradigma, lo que no era, sin duda, necesario...- Y aquí surge la pregunta ¿cuál es el significado de todo esto? El significado, creo, es abrir la posibilidad de preguntarse otras cosas: ¿funciona esto como obstáculo o como un momento a ser dejado atrás dando un paso adelante? ¿Siguen estos paradigmas dominantes en la sociedad argentina? ¿Cuál es el valor de una crítica de estos paradigmas para la construcción de una democracia

plena? Es obvio afirmar el peso que tiene el mito Evita en las mujeres argentinas, ya sea por identificación con lo que se interpreta en ella o por su rechazo también de lo que significó el peronismo para las mujeres trabajadoras. El problema es dar un paso más adelante, hoy, que los parámetros de la discusión pueden ser diferentes, y que se conocen empíricamente las consecuencias de esos paradigmas.

El feminismo contemporáneo ha mostrado que la igualdad es un largo y complejo proceso, al tomar conciencia de las diferentes formas en que se manifiestan las estructuras de poder en una sociedad.⁵² Ha mostrado que no basta creerse iguales para serlo. Frente al primer paradigma, el feminismo ha mostrado cómo funcionan los mecanismos sutiles -y a veces no tanto- de discriminación política, y que las mujeres no cuentan con las mismas posibilidades para integrarse políticamente, si no se transforma simultáneamente lo que se entiende por espacio privado. Las responsabilidades a nivel de lo doméstico deben también ser compartidas. Y esto no significa que las mujeres y hombres nieguen, obviamente, las diferencias biológicas - como algunos se obstinan en interpretar- sino que si esas responsabilidades no son compartidas, las mujeres tienen siempre una doble carga a la que responder -a nivel de tareas que no son determinaciones biológicas, pero que así se las ha interpretado- que las restringe en su participación plena.

Al segundo paradigma, el feminismo contemporáneo ha expuesto cómo la "privatización" de lo político (y no sólo cuando ésta aparece en su versión radicalizada, como en el caso de Evita) es

problemática si se utiliza como justificativa para relegar a las mujeres a áreas de "interés femenino", por un lado marginalizándolas de asuntos más generales, y por otro marginalizando a los hombres de esas áreas. En si mismo lo femenino, si se asocia con valores morales, pacifistas, menos competitivos, menos pragmáticos, puede siempre implicar una contribución y hasta una transformación de lo político definido con características opuestas a esos valores (además esos valores no deberían ser sólo atribución femenina...) ⁵³ Sobre la relación público-privado como aparecía en el discurso de Evita, claramente el feminismo recupera la idea de autonomía contra la de subordinación. Y da un significado totalmente diferente a la idea de que lo personal es político exponiendo cómo las relaciones personales también son relaciones de poder y una comprensión de ellas es necesaria para una comprensión y transformación de la estructura de poder en una sociedad.

Superar los paradigmas del pasado es requisito para una sociedad democrática, en la que se garantice la posibilidad de que no haya ciudadanos de segunda categoría por ser parte de una clase, de una etnia o de un sexo, y que, aunque participen y se interesen de cuestiones políticas, continúan siendo la base de movimientos, organizaciones o partidos políticos, sin alcanzar proporcionalmente los cargos decisorios. Pero estos serán relevantes si las mujeres son representantes de las mujeres. Su número ya fue significativo en el pasado, pero ahora es tiempo de lo sustantivo. Esto es parte de un desafío. El desafío de las posibilidades del feminismo en Argentina, como uno de los pasos imprescindibles hacia una democracia plena.

NOTES

1. Sobre el régimen peronista el trabajo más analítico y riguroso es el de P. Waldmann, El Peronismo 1943-1955, (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1981). Si bien lo utilizo como guía para el análisis de algunos aspectos sobre el carácter del período, este libro no escapa de la rapidez con que en general se ha mencionado la participación femenina en el peronismo. Las biografías más recientes sobre Evita que tratan de demarcar más la verdad del mito, dentro de lo posible, son las de N. Frazer y M. Navarro, Eva Perón (New York, W.W. Norton and Company: 1980) y M. Navarro, Evita (Buenos Aires, Corregidor: 1981), que se suman al trabajo de O. Borroni y R. Vacca, La Historia de Eva Perón. Testimonios para su historia. (Buenos Aires, Galerna, 1970). Para un análisis más detallado del papel de Evita como mediadora en el régimen, ver M. Navarro, "The Case of Eva Perón," Signs, vol. 3, no. 1 (1977), y M. Narro, "Evita's Charismatic Leadership", in Michael L. Conniff (ed) Latin American Populism in Comparative Perspective (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982). J.J. Sebrelí, Eva Perón, Aventurera o Militante? (Buenos Aires: ed. XX, 1966), realiza un enfoque más interpretativo sobre la vida de Evita, y rescata un poco más la importancia de Evita para las mujeres trabajadoras, desde una perspectiva clasista. Desde una interesante perspectiva antropológica ves J. Taylor, Eva Perón (Chicago: University of Chicago Press, 1979), analiza los mitos a los que Evita dio lugar, pero no cómo se generaron o cuál fue su impacto más político específicamente entre las mujeres, si bien da relevancia a lo femenino en la imagen de Evita. Para un análisis de la relación Evita-mujeres peronistas, ver J. Guivant, "Eva Perón y la cuestión política femenina", tesis de Maestrado, Universidade Estadual de Campinas (1980), que es una primera aproximación al tema que trabajo en este artículo.

2. Considero como material básico de análisis los discursos que Evita pronunció a las mujeres y que aparecieron en los diarios Democracia y La Nación, el primero, peronista -dirigido por Evita- y el segundo, de oposición. Incluyo también artículos que salieron bajo su nombre en Democracia, la autobiografía La Razón de Mi Vida (Buenos Aires: Ed. Peuser, 1951), y los discursos recopilados en Historia del Peronismo (Buenos Aires: Ed. Freeland, 1951), La palabra, el pensamiento y la acción de Eva Perón (Buenos Aires: Ed. Freeland, 1973) y Escribe Eva Perón, (Buenos Aires: Ed. Argentina, 1973). Mucho se ha discutido sobre la autoría de sus discursos como de su autobiografía. La información más precisa está en M. Navarro, Evita, op. cit. Para el objetivo de este trabajo la autoría de este material es un problema sin relevancia. Lo que me interesa es qué se pretendía que fuese percibido por las mujeres, y en este sentido Evita era identificada tanto con sus discursos como con su autobiografía (esta pasó a ser usada poco después de su publicación, en 1951, como texto escolar).

3. No busco las estructuras invariantes de los discursos sino captarlos en lo que significa su vínculo con la experiencia vivida. No los considero epifenómenos de una realidad más allá de ellos ni tampoco esencias de esa realidad. Están en la intersección entre estos dos polos: pura realidad o pura representación.

Las ideas que Evita expresaba en sus discursos aparecen con coherencia sólo en el contexto de las varias luchas que atravesaban el periodo, ya sea internamente en el peronismo, o entre el peronismo y la oposición, entre la clase obrera y la burguesía y la que aquí destaco, entre diferentes paradigmas respecto a la incorporación femenina a la política.

4. J. Siltanen and M. Stanworth, "The Politics of Private Woman and Public Man", Theory and Society 3,1 (January 1984) pp. 91-118. Este artículo es un excelente análisis crítico sobre las articulaciones entre lo público =masculino=político y lo privado=femenino=apolítico, en la teoría política y el sentido común contemporáneo.
5. G. Lapidus, Women in Soviet Society. Equality, Development and Social Change, (Berkeley: University of California Press, 1978). Otro trabajo en esta dirección es T. Mason, "Women in Nazi Germany", History Workshop, n.1 (1976) and no. 2 (1976).
6. Ver J. Scott, "Women in History", Past and Present (November 1983). Este artículo presenta una muy sugestiva reflexión sobre cómo lo político construye al género y el género a lo político, mostrando una línea de integración de los análisis feministas y que estudian particularmente a las mujeres, con una perspectiva de análisis más global.
7. Sobre mujeres en la elite política ver J. Jaquette (ed), Women in Politics (New York: John Wiley and Sons, 1974), pp. 73-153. C. Fuchs Epstein and R. Coser (ed.), Access to Power: Cross--National Studies of Women and Elites (London: Allen and Unwin, 1981); V. Randall, Women in Politics (New York: St. Martin's Press, 1982), pp. 69-106; I. Diamond, Sex and Roles in the State House (New Haven and London: Yale University Press, 1977). Evita ha sido comparada con otras mujeres en la elite política como por ejemplo con Janet Jagan en la Guayana inglesa antes de su independencia en 1966, y Madame Nhu, de Vietnam de Sur. Sobre esto ver A. Ciria, Perón y el Justicialismo (Buenos Aires: Siglo XXI, 1971) pp. 120-121. Es interesante el número de similitudes entre la historia de Evita y la de Madame Mao Zedong. Para una biografía de esta última, ver R. Terrill, The White-Boned Demon: a Biography of Madame Mao Zedong (New York: Marrow 1984).
8. Pocos estudios se han realizado sobre estos años de la lucha sufragista. Estos trabajos han sido pioneros en la recuperación de la historia de las luchas feministas en Argentina. Hasta 1926 ver M. Feijoo, "Las luchas feministas", Todo es Historia, No. 128 (enero, 1978); C. Little,

"Education, Philanthropy and Feminism: Components of Argentine Womenhood, 1860-1926," in A. Lavrin (ed.), Latin American Women: Historical Perspectives (Westport: Greenwood Press, 1978). Para un análisis de un periodo más extenso que llega, si bien rápidamente, hasta el surgimiento del peronismo ver N. Hollander, "Women: The Forgotten Half of Argentina History", in A. Pescatello (ed.), Female and Male in Latin America (Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1973). Sobre la participación femenina en la derecha nacionalista antifeminista ver S. F. McGee, "Visible and Invisible Liga Patriótica Argentina, 1919-1928: Gender Roles and the Right Wing" (Mimeo).

9. Entre los grupos que se destacaron en este periodo estaban: la Asociación Pro Derechos de la Mujer -organizado por Elvira Rawson de Dellepiane-; la Unión Feminista Nacional - presidida por Alicia Moreau de Justo- y el Partido Feminista - fundado por Julieta Lantieri. Estos grupos mantenían contactos con feministas latinoamericanas, norteamericanas e inglesas. Sobre sufragismo en Estados Unidos ver E. DuBois (ed.), Elizabeth Stanton and S. Anthony: Correspondence, Writings, Speeches (New York: Schocken Books, 1981); E. DuBois, Feminism and Suffrage (Ithaca: Cornell University Press, 1978); A. Kraditor, The Ideas of the Woman Suffrage Movement, 1890-1920 (New York: Columbia University Press, 1965). Sobre el Feminismo sufragista en Inglaterra ver O. Banks, Faces of Feminism (Oxford: Martin Robertson, 1981). Sobre el sufragismo en América Latina, ver J. Kirkwood, "Women and Politics in Chile" in International Social Science Journal Vol. XXXV, 4 (1983); A. Macías, Against all Odds. The Feminist Movement in Mexico to 1940 (Connecticut: Greenwood Press, 1982); J. Hahner, "Feminism, Women's Rights and the Suffrage Movement in Brazil 1850-1932," Latin American Research Review 15,1, (1980); J. Hahner, A Mulher Brasileira e suas lutas sociais e políticas: 1850-1937 (São Paulo: Brasiliense, 1981); B. Moreira Alves, Ideologia e Feminismo. A Luta da Mulher pelo voto no Brasil (Petrópolis: Vozes, 1980).

Para un análisis crítico del paradigma de las sufragistas ver J. Elshtain, "Moral Woman and Immoral Man: A Consideration of the Public-Private Split and Its Political Ramifications," Politics and Society vol. 4. no. 4, (1974).

10. Las editoriales de La Nación son ejemplos de estos cambios de opinión, yendo de posiciones favorables al sufragio femenino, el 29 de julio de 1932, a posiciones desfavorables, como las de 26 de noviembre de 1933, 19 de noviembre de 1938, 21 de mayo de 1939 y 8 de enero de 1939. Este retroceso no desestimuló la formación de nuevos grupos feministas, que continuaban defendiendo con diferentes énfasis los derechos de las mujeres. Entre estos nuevos grupos estaban la Asociación Pro-Sufragio Femenino, presidida por Carmela Horne de Burmeister y la Unión Argentina de Mujeres, presidida por Victoria Ocampo.

11. Perón, J. (Buenos Aires: ed. Freeland, 1973), p. 197. No pasaba desapercibido para Perón el crecimiento del empleo femenino durante la década del 30 con la industrialización del país. Por ejemplo en 1939 las trabajadoras industriales llegaban a ser un 33% del total en la ciudad de Buenos Aires, porcentaje que era resultado de un aumento del 27,4% entre 1935 y 1939. Gran parte de estas trabajadoras venían del interior, donde las condiciones de trabajo eran pésimas y los salarios miserables, pero en la ciudad no habían encontrado una situación muy diferente, ya que habían pasado a ser parte de la fuerza de trabajo más barata. En algunos sectores como el textil, tabaco y papelería, las mujeres en pocos años pasaron a ser la mayoría de los obreros. Ver N. Hollander, op.cit.
12. Sobre la decepción de las sufragistas ver relato de A. Moreau en La Opinión, 23 de septiembre de 1972. Sobre la posición de los grupos feministas frente a la iniciativa de Perón ver relato de A. Grondona, miembro del grupo Centro de Cultura Cívica, en Sur, (septiembre 1970), pp.222. Sobre las reacciones y actos organizados en este mes ver La Nación, 7,11,15,19,28 de julio de 1945.
13. La Nación, 27 de julio de 1945.
14. S. Sigal y E. Verón, "Perón: Discurso Político e Ideología", in A. Rouquie (comp.), Argentina Hoy (Buenos Aires: Siglo XXI, 1982).
15. Algunos ejemplos de esto en A. Ramos, Revolución y Contra Revolución en la Argentina. La era del bonapartismo (Buenos Aires: Paidós, 1972); T.H. Donghi, La democracia de masas (Buenos Aires: Paidós, 1972); M. Pena, Masas, Caudillos y Elite (Buenos Aires: Ed.Fichas, 1973).
16. Para una mención de estas alternativas ver J. Everett, Women and Social Change in India (New York: St.Martin's Press, 1979), p. 194.
17. En E. Perón, El pensamiento, la palabra y la acción de Eva Perón, op.cit.
18. Ver E. Viola, Democracia e Autoritarismo na Argentina Contemporanea, Vol. I. Tesis de Doctorado, Universidade de São Paulo (1982). Este es otro trabajo en el que me fundamento para el análisis de las tendencias globales del régimen. Sobre las mujeres trabajadoras y la efectiva realización de la legislación aprobada no se ha trabajado aún. Aparentemente las mejoras en las condiciones del trabajo femenino fueron disminuyendo en la primera Presidencia de Perón en relación a lo que se había realizado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.

19. Sobre el significado del heroísmo como exaltación de los atributos masculinos más valorizados en cada sociedad, ver R. Abrahams, "Some Varieties of Heroes in America", Journal of the Folklore Institute 3 (1966):341-62. Sobre la subordinación femenina, dentro de una discusión sobre el concepto en las ciencias sociales, ver resumen en S. Bourque y K. Warren Women of the Andes. Patriarch and Social Change in Two Peruvian Towns (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1981). p. 42-56.
20. Sobre las mujeres en Esparta ver M. Lefkowitz and M. Fant, Women's Life in Greece and Rome, (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1982), pp.76-79. Sobre la metáfora como "innovación semántica" en el discurso, es decir, como algo más que un mero recurso decorativo, que no dice nada nuevo, ver P. Ricoeur, Hermeneutics and The Human Sciences (Cambridge: Cambridge University Press, 1981), pp. 165-181. Las referencias a Esparta no sólo aparecían en los discursos de Evita, sino también frecuentemente en los de Perón. En la inauguración de la División de Trabajo y Asistencia para la Mujer, Perón dijo que la "Argentina no tiene que recurrir a la legendaria Esparta para encontrar ejemplos de la grandeza heroica de las mujeres." (3/10/44) En otra oportunidad, criticando a las mujeres que se oponían a la aprobación del sufragio por un decreto de ley decía que "esa actitud no era correspondiente con el espíritu espartano que la Nación necesita" (26/7/45). Evita continuó con estas alusiones por ejemplo, en el 25 de febrero de 1950, definía a Perón como "espartano" y llamaba a las mujeres a "serlo, con obediencia, lealtad y disciplina".
21. Para una situación equivalente, en la Unión Soviética, ver G. Lapidus, op. cit. pp. 337.
22. A. Moreau de Justo, La mujer en la democracia (Buenos Aires: Ed. Ateneo, 1945), pp.153, 192, 229. Doy especial atención en este artículo a las ideas de Alicia Moreau de Justo porque ella representaba en ese momento las ideas más organizadas sobre la cuestión además de tener una historia de participación en la lucha feminista, y en el partido socialista muy destacada.
23. A. Giddens, As Novas Regras do Método Sociológico (Rio de Janeiro: Zahar, 1976).
24. S. Pharr, Political Women in Japan (Berkeley: University of California Press, 1981) analiza esta forma de ajuste en el caso del Japón.
25. Sobre diferentes situaciones después de la conquista del sufragio ver ejemplos en J. Lovendusky and J. Hills (ed.), The Politics of the Second Electorate: Women and Public Participation (London: Routledge and Kegan Paul, 1981).

26. Sobre el conflicto con la Sociedad de Beneficencia y el funcionamiento de la Fundación, ver N. Frazer y M. Navarro, op.cit.; O. Borroni y R. Vacca, op cit; M. Navarro, Evita, op cit.
27. Sobre las secciones femeninas en los partidos políticos de algunos países latinoamericanos, ver E. Chaney, Supermadre. Women in Politics in Latin America (Austin: University of Texas Press, 1979).

Sobre discusiones más recientes respecto a la significación de las secciones femeninas los partidos políticos, ver V. Randall, op.cit. pp.101-102. Esta autora, evaluando numerosos casos de estas secciones en el Tercer Mundo y en países comunistas, observa que en general sirvieron para "movilizar y contener el activismo político de las mujeres". Concluye con la idea de que no son el mejor foco para canalizar las energías políticas femeninas pero que, si estas secciones están imbuidas de ideales feministas pueden ser de ayuda para presionar para una mayor y más sustantiva representación femenina. Para otros análisis sobre secciones femeninas en los países comunistas, ver A. Heitlinger, Women and State Socialism (Montreal: McGill-Queen's University Press, 1979), pp. 35-55-56-63; B. Jancar, Women under Communism (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978), pp.106-107.

28. La Nación, 30 de septiembre de 1949.
29. La Nación, 10 y 25 de octubre de 1949. El primer Congreso de la Mujer Radical se realizó del 9 al 12 de octubre de 1949, bajo la presión que ejerció la propia creación del PPF. Gabriel del Mazo se refiere a otro Congreso femenino realizado en agosto de 1951. Ver G. del Mazo, El Radicalismo. El movimiento de intransigencia y renovación, (1945-1957) (Buenos Aires: Ed. Gure, 1957), pp. 215-216. Las mujeres radicales continuaron sin formar una sección dentro del Partido, y también continuaron marginalizadas internamente, sin participación en las comisiones partidarias y cargos electivos. Las mujeres del Partido Comunista también se habían manifestado contrarias a la formación de una sección femenina.
30. E. Perón, La Razón de Mi Vida, op. cit. En la sección dedicada a las mujeres, son varias las referencias en este sentido. Además Evita reconocía que había muchas mujeres jóvenes que estaban prefiriendo la independencia económica a la formación de un hogar por temor a un matrimonio desfavorable. Para ellas Evita prometía que las amas de casa serían protegidas con un salario que les daría independencia en el hogar, pero esto no pasó de una promesa.
31. E. Perón, op. cit. pp. 301 y 302.
32. Entrevista a Delia Parodi, 1971. Archivo de Historia Oral del Instituto di Tella, Buenos Aires, Argentina.

33. E. Perón, Historia del Peronismo, op. cit.
34. Por ejemplo ver J.J. Sebrelli, op. cit.; M. Navarro, Evita, op. cit.; y J. Taylor, op. cit.
35. P. Waldmann, op. cit., pp. 123.
36. Para esta relación entre socialización política y roles femeninos en la esfera doméstica en la Unión Soviética ver, G. Lapidus, op.cit.; J. Moses, "Women in Political Roles" in D. Atkinson, A. Dallin, G. Lapidus (eds.), Women in Russia (Stanford: Stanford University Press, 1977) p. 340. Para una comparación con el caso del fascismo, que si bien estimulaba el rol doméstico, excluía totalmente a las mujeres de la participación en la esfera pública, desestimulándolas a tener cualquier cargo político -lo que establece una diferencia con la relación público-privado en el peronismo-ver M. Macciocchi, "Les femmes et le traversée du fascisme", in M. Macciocchi, et al. Elements pour une analyse du fascisme, (Paris: 10/18, 1976); otras referencias aparecen en W. Laqueur, Fascism: A Reading Guide (California: University of California Press, 1976). Para ver diferencias con el caso del nazismo, que implicaba una intervención mucho más radical a nivel de lo privado, ver J. Sephenson, Women in Nazi Society (New York: Harper and Row Publishers, 1975); T. Mason, op. cit. Para otro parámetro de comparación en regímenes democráticos, donde la intervención de lo público en lo privado se da de forma más indirecta a través de las políticas públicas sobre reproducción, aborto, divorcio, bienestar social, protección contra la violencia doméstica, guarderías, etc, que afectan la esfera doméstica, ver E. Wilson, Women and the Welfare State, (London: Tavistock, 1977). Baker, "The Regulation of Marriage: Repressive Benevolence," in G. Littlejohn, et al. (eds.) Power and the State (London: Croom Helm, 1978). Para observaciones más generales sobre la importancia política de la familia, y el rol femenino, ver V. Randall, op. cit.
37. Esta dedicación que Evita exigía ultrapasaba los límites en que las mujeres se han mantenido al entrar en la carrera política, algo que todavía es bastante excepcional. El dilema de conciliación entre la carrera y las responsabilidades familiares ha atrapado a las mujeres políticas, que a diferencia de Evita, trataban o tratan de mantener los dos roles efectivamente en práctica. Evita pedía a las delegadas que de hecho abandonasen todo, pero mantenía un tipo de argumento que justificaba esto de la forma más tradicional. Para una comparación con otras mujeres en la política latinoamericana ver E. Chaney, op. cit. p. 34.
38. E. Perón, La Razón de mi Vida, op.cit. pp. 311, 312, e Historia del Peronismo, op.cit. p. 132.

39. Para una interesante interpretación sobre la división de roles entre Perón y Evita en tanto posibilitó la no rutinización del carisma de Perón, ver M. Navarro, "Evita's charismatic leadership", op.cit. Navarro podría ir más lejos aún en su conceptualización del liderazgo dual, si considerase las implicaciones de lo femenino en la división de roles de la pareja gobernante.
40. Sobre el modelo de autoridad patriarcal como modelo político ver J. Daly, Sir R. Filmer and English Political Thought (Toronto: University of Toronto Press, 1979); R. Coward, Patriarchal Precedents. Sexuality and Social Relation (London: Routledge and Kegan Paul, 1983); G. Schochet, Patriarchalism in Political Thought. The Authoritarian Family and Political Speculation and Attitudes, Especially in Seventeenth Century England (New York: Basic Books, Inc. 1975).
41. Sobre la proyección de los roles familiares en las actitudes políticas ver E. Chaney, op.cit.; J. Jaquette, "Female Political Participation in Latin America", in J. Nash and H. Safa (eds.) Sex and Class in Latin America (New York: Praeger, 1976); E. Chaney, "The Mobilization of Women in Allende's Chile", in J. Jaquette (ed.) op.cit.
42. Sobre un análisis del término "privatización" de la política y de sus implicancias como fenómeno en la participación política de las mujeres, ver V. Sapiro, The Political Integration of Women: Roles, Socialization and Politics (Chicago, University of Illinois Press, 1983).
43. Ver ejemplos de este recurso en E. Perón, La Razón de mi Vida, op.cit. pp. 94, 123, 213.
44. Ver J. Taylor, op.cit., quien trabaja de forma muy interesante este problema a nivel de los mitos que se constituyeron según la identificación o no con Evita.
45. La estructura partidaria peronista tenía -y aun tiene- un innegable parentesco con la dirección de un cuerpo de tropas. Sobre esto ver A. Rouquie, "Adhesión militar y control político en el régimen peronista", Aportes 19 (Paris, 1971) p. 84.
46. E. Perón, La Razón de mi Vida, op.cit. p. 61.
47. En C. M. Paiva y M. R. Pizzutto de Rivero, La Verdad (Buenos Aires: Austral, 1967), p. 223. Este libro ofrece un perfecto ejemplo del nivel de idolatría religiosa que se profesaba por Evita entre las diputadas.
48. Sobre el recurso a la ética del autosacrificio para relegar asuntos específicos por causas más globales, ver J. Lipman-Blumen, Gender Roles and Power (New Jersey: Prentice Hall, 1984), pp. 181-182.

49. En diciembre de 1949 la Comisión Auxiliar Femenina de la CGT, formada en ese año, organizó un acto que nucleó una numerosa concurrencia de trabajadoras y en el que Evita les pidió fundamentalmente que se dedicasen a apoyar a las censistas del PPF. Sólo posteriormente se pasaría a la segunda etapa, a la de la "acción política". No les pedía ningún tipo de actividad política específica en cuanto trabajadoras en los sindicatos.
50. La mayoría de las mujeres votó por Perón en todo el país, pero no hubo diferencias significativas con el voto masculino. Los radicales no presentaron candidatas, mientras los socialistas sí, pero no fueron eligidas.
51. Entrevista a Delia Parodi, 1971, op.cit. Delia Parodi fue elegida en 1953 vice-presidenta de la Cámara de diputados, una de las primeras en el mundo en llegar a este puesto.
52. El feminismo no existe como un movimiento único y homogéneo. Las diversas líneas (radical, conservadora, liberal, socialista) tienen fuertes divergencias entre ellas. Pero en general tienden a coincidir en que las formas en que las relaciones de poder que afectan lo personal son significativas e implican discriminaciones para la realización de la premisa de igualdad de oportunidades. Y no siempre las líneas son fáciles de demarcar. Cito aquí algunos libros en la alternativa que expongo y que no definen una dirección exclusiva. Ver S. Rowbotham, L. Segal and H. Wainwright, Beyond the Fragments: Feminism and the Making of Socialism (London: Merlin Press, 1979); C. Pateman, "Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy", in S. I. Benn and G. F. Gaus (eds.) Public and Private in Social Life, (London: Croom Helm, 1983), pp. 281-303; S. Okin, Women in Western Political Thought (Princeton: Princeton University Press, 1979) pp. 276-304; V. Shapiro, op.cit.; S. Bourque and K. Warren, op.cit. pp.41-86; F. Siltanen and M. Stanworth, op.cit.; sobre las diferentes alternativas e interpretaciones de la igualdad política entre los sexos, ver B. Jancar, op.cit., pp. 1-8. Sobre el significado positivo de los valores femeninos y de sus posibles consecuencias más amplias, ver la investigación de C. Gilligan, In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development (Massachusetts: Harvard University Press, 1982).
52. En este sentido es ejemplar la introducción de la problemática ética en el universo político por los grupos defensores de los derechos humanos en Argentina. En particular, las Madres de Plaza de Mayo, asumiendo valores tradicionales respecto a lo femenino, han establecido otra dimensión política para las mujeres, contribuyendo a la formación de una conciencia anti-militarista y anti-violenta en la sociedad argentina.